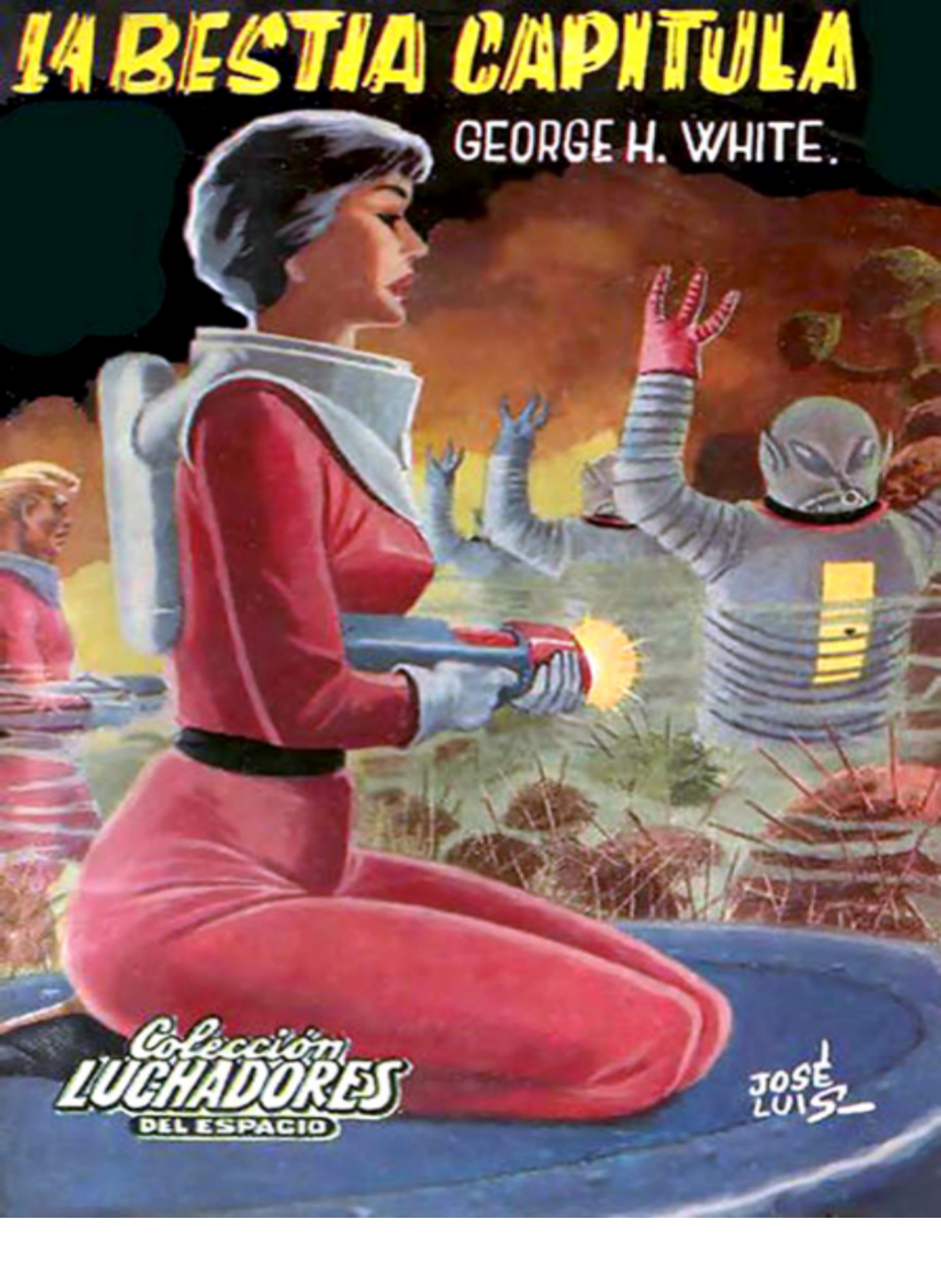

LA BESTIA CAPITULA
GEORGE H. WHITE.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSÉ LUIS

CAPITULO I

El automóvil avanzaba lentamente por la Avenida Lincoln hacia la monumental plaza de América, De pie en el carruaje -se trataba de un coche descubierto- Miguel Ángel Aznar veía desfilar por la izquierda la verde cinta de bosque y jardines que partía en dos la implacablemente recta avenida.

Por encima del bosque, a unos cinco kilómetros de distancia, podía ver los enhiestos rascacielos que se elevaban desafiando las leyes de la gravedad para clavar sus aéreos remates en las mismas nubes.

Por la derecha, otra fila de fantásticos rascacielos se levantaban a trechos regulares muy cerca de la pista de caucho por donde rodaba la caravana de automóviles. Y entre éstos y el bosque, entre éstos y las impresionantes moles de los rascacielos, decenas y decenas de millares de hombres y mujeres se apiñaban en el trayecto para vitorear el paso de aquel a quien habían dado en llamar el "Libertador".

De las alturas vertiginosas de los rascacielos, cayendo de azoteas y ventanas, una lluvia de pétalos y pedacitos de papel recortado, del tamaño de copos, descendía revoloteando para cubrir las cabezas de la multitud, la angosta faja de pista por donde avanzaba la caravana y los anchos hombros de Miguel Ángel.

Este, junto a su esposa, contestaba a las ensordecedoras aclamaciones con una cansada y tímida sonrisa. Porque aunque el público aprobara su hazaña con manifestaciones de entusiasmo, él sentíase culpable de la muerte de los 3 millones de hombres y mujeres de la familia Balmer que habíase visto en el penoso deber de aniquilar para poner fin a la odiosa dominación de éstos sobre el resto del mundo.

El, Miguel Ángel Aznar, había decidido ya lo que haría. Jamás tendría que ordenar la ejecución en masa de otros millones de seres humanos. Con la batalla sideral que dejó fuera de combate a la Armada Imperial de los Balmer terminaban sus funciones como Almirante de la Flota Leal. Esta sería la última vez que alguien le aclamara como héroe. Se refugiaría en cualquier apartado lugar dé la Tierra, renunciando a cargos y honores, y allá en su voluntario retiro trataría de vivir en bendita paz lo que le restara de existencia.

Esto iba pensando mientras atronaban el aire los gritos y los aplausos de los habitantes de Washington.

Sabía, desde luego, que no todos los Balmer de la Tierra hablan perecido en la anterior batalla sideral.

Confundidos entre el gentío debían quedar muchos enemigos que le contemplaban con hostilidad.

Pero ignoraba que en aquel preciso instante una mano asesina dejaba caer desde una ventana una bomba de tosca fabricación casera que, arrastrada de la fuerza de gravedad, empezó a bajar con fatal puntería sobre su propio automóvil.

Unos segundos más tarde, una lata metálica caía pesadamente dentro del vehículo. Y como si un volcán se hubiera abierto a sus mismos pies, se vio lanzado fuera del coche en mitad de una ensordecedora explosión y arrojado violentamente en medio de la calle.

Escucháronse gritos de terror. La gente huía a la desbandada. Los militares del Grupo de Resistencia que habían desarmado a la Policía Imperial y cubrían la carrera cuidando del orden, miraban a todas partes desconcertados. La caravana se había inmovilizado y de los vehículos saltaban oficiales armados de pistolas y ametralladoras que corrieron a rodear el coche destrozado y a levantarle a él del suelo.

Entre los rostros angustiados que le rodeaban, Miguel Ángel veía los de su cuñado José Luis Balmer, el contralmirante Albatros, el capitán Tortajada y los de otros muchos amigos y colaboradores. -¡Carmen! -gritó él señalando el automóvil volcado. Y empujó a sus amigos para abrirse paso hacia el vehículo.

Le llevaron en volandas hasta allí. Ni siquiera notaba que su pierna destrozada iba dejando un gran reguero de sangre sobre el asfalto. La confusión era tremenda. Y en medio del borroso desfile de caras amigas consternadas veía alzarse el rostro demudado de su padre político, el profesor Valdivia. -¡Carmen!... ¡Nos la han matado, Miguel Ángel! -gemía el profesor antes de caer sin sentido entre los brazos de un grupo de oficiales.

Y el propio Miguel Ángel la veía entonces tendida junto al desportillado automóvil. Allí estaba su Carmen, la fiel compañera de su vida, horrorosamente mutilada, ensangrentada, destrozada... ¡muerta! -¡Muerta! ¡Muerta! -gritaba él sin poder dar crédito a lo que velan sus ojos.

Y al llegar a este punto de su horrible pesadilla, Miguel Ángel Aznar despertó bruscamente, bañado en lágrimas.

Pero apenas salido de la tremenda impresión de su sueño retrospectivo, Miguel Ángel creyó caer en otra alucinante pesadilla. Desde luego, estaba en su propia alcoba. La lamparilla alumbraba difusamente la habitación permitiéndole ver el familiar contorno de los muebles. Pero las gentes que le rodeaban eran desconocidas para él. -¿Cómo...? -exclamó Miguel Ángel incorporándose rápidamente hasta quedar sentado en el lecho. -¡Quieto, amigo! -murmuró una voz amenazadora.

Y Miguel Ángel vio el siniestro cañón de una pistola que fue a oprimir significativamente en su sien.

- Pronuncie usted una palabra… dé un solo grito y es hombre muerto -anunció otra voz suave y aterciopelada.

Miguel Ángel Aznar miró a la muchacha, que se sentaba a los pies de su propio lecho. En la semipenumbra de la habitación, el blanco óvalo de la mujer destacaba nítidamente. Y en aquella mancha pálida los ojos eran a modo de dos relámpagos azules clavados en la estupefacta faz de Miguel Ángel.

Como sus cuatro compañeros, de los cuales había dos a cada lado del lecho, la joven empuñaba una pistola automática de gran calibre. -¡Vamos, levántese! -ordenó la mujer.

Miguel Ángel miró una por una las caras de los desconocidos. Era fácil deducir por la expresión de aquellos ojos que estaban dispuestos a todo, así que apartó las ropas de la cama y saltó sobre la alfombra.

- Tome, póngase esto -te indicó uno de los hombres arrojándole el traje que había dejado en una silla al acostarse.

Mientras se ponía las ropas encima del pijama, Miguel hacia conjeturas sobre la identidad de los desconocidos. -¿Saben quién soy? -preguntó mientras se abrochaba el cinturón.

A lo que el joven contestó con ironía: -¡Claro! Usted es el omnipotente Almirante Aznar, amo y señor de todos los planetas, satélites y asteroides que giran alrededor del Sol, así como de las vidas y haciendas de los setenta mil millones de seres humanos que los habitan y le odian. -¿Y ustedes? -preguntó Miguel Ángel sin mirarles.

La muchacha contestó:

- Nosotros somos una facción de esos miles de millones de terrícolas, marcianos y venusinos, que cada día hacen votos para que reviente usted como un petardo.

- Comprendo -murmuró Miguel Ángel. Y mirando a la joven preguntó-: ¿Han venido a matarme?

- Si hubiéramos querido matarle le habríamos clavado un cuchillo en el corazón mientras dormía. -¿Entonces…?

La mujer no contestó. Y en el silencio de la casa se escucho el estampido de un arma de fuego. Miguel Ángel hizo un movimiento brusco. El cañón de una pistola fue a hundirse en sus riñones mientras el que la empuñaba decía en voz baja: -¡Quieto! No se ponga nervioso Su Excelencia. Tenemos rodeada la casa.

Escuchóse un grito y rumor de carreras por los pasillos de la casa. Una ametralladora desgranó un rosario de secas y rápidas detonaciones. La puerta de la alcoba se abrió violentamente y en el vano apareció un hombre en pijama que empuñaba una pistola ametralladora. -¿Está usted bien, Excelencia? -preguntó.

Uno de los hombres que estaban junto a Miguel Ángel disparó contra la silueta que se recortaba sobre el fondo iluminado del pasillo. El brigadier Harding soltó la pistola y cayó de bruces.

Miguel Ángel dirigió una horrorizada mirada a la joven, que acababa de saltar en pie. Ella interpretó equivocadamente el sentido de aquella intensa mirada y dijo:

- No tiene nada que temer. Nada le ocurrirá si está quieto.

Y Miguel Ángel gritó: -¡Mi madre está en la casa! ¿Se han propuesto matarla? ¡Ordene a sus hombres que dejen de hacer fuego!

- No se preocupe. Su madre sólo nos interesa viva.

La lucha parecía haber terminado. Un grupo de hombres armados hasta los dientes entró en la alcoba de Miguel Ángel empujando ante sí a doña Mercedes de Aznar y al brigadier Tarkington. La dama, que se había echado por encima una salida de baño, corrió a abrazarse a su hijo. Mientras, tanto, la joven preguntaba a sus hombres: -¿Es ésta toda la gente que había en la casa?

Uno de los asaltantes contestó:

- Tuvimos que matar a dos que ofrecieron resistencia allá afuera.

Otros dos hombres llegaron conduciendo a un tercero que sostenía las manos levantadas por encima de la cabeza.

- Aquí hay otro de esos peces gordos, señorita Schmidt -anunciaron desde la puerta.

Y Miguel Ángel reconoció en el prisionero al vicealmirante Hidalgo Aznar. -¿Está usted ahí, Excelencia? -preguntó el vicealmirante desde el pasillo.

- Sí, don Fernando -contestó Miguel Ángel. Y volviéndose hacia la señorita Schmidt anunció-:

Tendrán que pagar ustedes muy cara esta fechoría.

La joven se encogió desdeñosamente de hombros.

- Vístase de una vez si no quiere acompañarnos tal como está -ordenó secamente. Y volviéndose hacia la señora Aznar preguntó-: ¿Su distinguida mamá también querrá ponerse algo más decoroso, verdad?

La señora Aznar, que pese a su avanzada edad se mantenía en el vigor y la belleza de su lejana juventud, dejó caer sobre la señorita Schmidt una mirada despreciativa.

- Acompáñenla hasta sus habitaciones -ordenó la capitana de los bandoleros.

Dos hombres salieron escoltando a la dama. El vicealmirante Hidalgo fue invitado a entrar y a tomar, lo mismo que el brigadier Tarkington, uno de los trajes que Miguel Ángel tenía en su armario ropero. Ellos recogieron sendos vestidos sin adornos ni entorchados de los que su jefe solía usar mientras estaba en la "quinta".

Breves minutos más tarde los tres prisioneros eran conducidos por el pasillo, y por las grandes puertas vidrieras del comedor salían al jardín que rodeaba la casa. Esta, por unas circunstancias que al propio Miguel Ángel siempre le parecieron felices, estaba lejos de todo lugar habitado, enclavada en una árida meseta de las Montañas Rocosas.

Cómo habían dado con su refugio las gentes que ahora le rodeaban era cosa que ignoraba Miguel Ángel, si bien no le importaba mucho en los momentos presentes. Nadie, excepto sus más íntimos colaboradores, conocían la ubicación de esta alegre "quinta" donde él venía a solazarse siempre que sus múltiples ocupaciones le dejaban un momento libre. Sólo la casualidad o un atento y pacienzudo espionaje podían haber conducido a sus raptores hasta aquí, pues no cabía pensar en una traición de sus mejores amigos.

La llegada de la señora Aznar interrumpió las lúgubres reflexiones de su hijo. Un objeto plateado, de respetables dimensiones y perfil aerodinámico, se acercaba flotando más bien que volando sobre los árboles del jardín. Se trataba de la "falúa" que Miguel Ángel solía utilizar para llegar hasta este escondido refugio desde cualquier punto de la Tierra. La reconoció a favor de la luz de la Luna que chisporroteaba en sus cristales y relucientes cromados.

La aeronave, que durante la marcha sólo producía un leve y adormecedor zumbido, se acercó al grupo y descendió silenciosamente.

Una sección del casco se abrió hacia afuera formando una escalera por donde los prisioneros fueron obligados a subir a bordo. La nave estaba amueblada y acondicionada interiormente con un lujo fastuoso que arrancó exclamaciones de admiración y censura de los bandoleros.

-¡Vaya, vaya! -dijo uno en tono zumbón-. ¿Verdad que esto no se parece a los cochambrosos aerobuses que nosotros hemos de utilizar cuando tenemos necesidad de ir a Europa?

Otro dejó escapar un prolongado silbido.

La señorita Schmidt se acercó a sus prisioneros. Era alta, esbelta y armoniosamente proporcionada.

Tenía dorado el cabello, azules las pupilas y grande y jugosa la boca que ahora plegaba en una sonrisa burlona.

- Esto no está bien, Excelencia -aseguró con ironía- No es muy honrado hacer vivir a setenta mil millones de seres en condiciones de máxima sobriedad mientras uno se rodea del lujo más refinado.

Miguel Ángel Aznar, que era muy sensible a la crítica, enrojeció violentamente.

- Ni el más ligero de los esfuerzos y sacrificios que he pedido al mundo se aplicaron en la construcción de esta aeronave -aseguró con presteza -. El Gobierno de los Estados Unidos de Bagoah me la regaló poco antes que yo emprendiera el regreso a la Tierra. Esta falúa es de mi exclusiva propiedad.

- Todo el mundo es de su exclusiva propiedad, Almirante -indicó la joven-. Puede hacer de él mangas y capirotes. Al menos lo hizo hasta aquí. Pero ahora será distinto.

Miguel Ángel Aznar miró a la muchacha con expresión

interrogante. -¡Siéntense! -ordenó la señorita Schmidt con sequedad.

Miguel Ángel y su madre ocuparon uno de los divanes. El vicealmirante Hidalgo y el brigadier Tarkington tomaron asiento en otro. La falúa estaba elevándose en estos momentos.

- Usted presume de ser persona inteligente, señor Aznar -dijo la señorita Schmidt-. Supongo que habrá adivinado los motivos por los cuales le hemos secuestrado.

- SI -repuso Miguel Ángel-. Creo tener una vaga idea.

Los hombres que habían participado en el asalto a la casa de Miguel Ángel Aznar fueron acercándose hasta envolver en un círculo a su capitana y a los prisioneros.

El Almirante les miró uno por uno. Casi todos iban mal vestidos con ropas sucias, harapientas. La mayoría llevaba barba de varias semanas, y en los ojos de todos ellos lucía profunda e inquieta la llama del odio hacia el que consideraban un tirano.

La señorita Schmidt miró fijamente a Miguel Ángel y dijo:

- Hace doscientos años el autoplaneta Valera regresó a la Tierra. Los hombres que lo tripulaban habían viajado más de un siglo, desde la Tierra a la lejana galaxia de Nahum y de regreso a nuestra galaxia. Pero viajando casi a la velocidad de la luz experimentaron la realidad de la teoría, según la cual, los relojes se mueven más despacio y la actividad biológica sufre un retardo que coincide con el tiempo de los relojes situados a bordo del móvil. Debido a este fenómeno, las jóvenes generaciones que partieron con Valera pudieron regresar a la Tierra y encontraron a ésta envejecida en unos dos mil quinientos años La sociedad terrícola había continuado evolucionando mientras los valeranos viajaban por el espacio. Los viajeros de Valera conservaban todas las características, el pensamiento y las taras de una generación extinta hacía mucho tiempo. El choque entre nuestra generación terrícola y aquellos espectros del pasado fue violento. Ni nosotros podíamos comprenderles, ni ellos entender nuestra idiosincrasia. Pero ellos tenían el autoplaneta Valera, la máquina de guerra más poderosa del Universo, y la utilizaron para imponernos su ideología instituyendo un anacrónico Imperio.

La señorita Schmidt se interrumpió para mirar fijamente a Miguel Ángel Aznar. No parecía sentir prisa, sino al contrario, se recreaba en el recuerdo minucioso del pasado. Luego prosiguió:

- Llegó usted años más tarde y declaró la guerra al Imperio Balmer. Aunque teníamos la duda de si luchaba por una cuestión de interés personal o en defensa de nuestra libertad, el mundo se identificó con su causa y depositó en usted todas sus esperanzas.

El Imperio de los Balmer se derrumbó con estrépito y el mundo aclamó y proclamó caudillo de la libertad a Miguel Ángel Aznar. Unas horas más tarde, la ciudad de Washington le recibía a usted entre

vítores y aplausos. Le recuerdo muy bien cuando desfilaba erguido sobre su automóvil descubierto, envuelto en una lluvia de flores y retazos de papel… Yo era una de las que más gritaban mientras cubría con otros millares de compañeros la carrera por donde usted debía pasar.

La joven se interrumpió. Señaló a los hombres que le rodeaban.

- Estos también estaban allí -aseguró con melancolía-No nos conocíamos entonces, pero aquel día todos nos sentíamos hermanos. Un sentimiento era común a todos nosotros… el fervor hacia usted. Nos hubiera pedido nuestra sangre y se la hubiéramos dado hasta la última gota. Cuando una mano criminal arrojó aquella bomba contra usted, nosotros lloramos la pérdida de su esposa y temimos por su propia vida al saberle gravemente herido. ¡Ojalá hubiera muerto usted al mismo tiempo que su mujer!

La señorita Schmidt pronunció con fervor este deseo. Y como viera retratada en las pupilas de Miguel Ángel el asombro terminó diciendo: -¡Sí, ojalá hubiera muerto aquel día! Pero usted se salvó, lo que por entonces nos alegró mucho.

Luego, anunció su propósito de renunciar a cargos y honores retirándose a un apartado lugar de la Tierra… y lo hizo así. Por espacio de cinco años no se supo de usted. Luego, empezó a dar señales de vida. Fue con motivo del proyectado viaje de Valera a los planetas Redención. ¿Se acuerda?

Miguel Ángel pestañeó rápidamente antes de contestar: -¡Naturalmente que me acuerdo! Era un disparate querer enviar el autoplaneta a Redención siendo así que ignorábamos lo que había ocurrido en Nahum, luego que mis amigos y yo lo abandonamos para regresar a la Tierra. Creíamos a la Bestia Gris arrollada en sus propios planetas por los ejércitos nahumitas, pero necesitábamos algo más que suposiciones para sentirnos tranquilos respecto a nuestro futuro. Por eso recomendé que Valera regresara a la galaxia nahumita. -¡Sí, claro! -exclamó la señorita Schmidt con ironía-. Fue una astuta celada en la que nadie sospechó sus verdaderas intenciones. El autoplaneta debía volver a Nahum, de acuerdo. Pero no podíamos enviarle desnudo, como quien dice. Después que usted aniquiló a la Armada Sideral de los Balmer no quedaban en todo el Reino del Sol más allá de cuatro o cinco millares de navíos de guerra. Así que, para que Valera estuviera en condiciones de hacer frente a cualquier evento allá en la remota galaxia nahumita, debíamos empezar por reconstruir su en otros tiempos copiosa Armada Expedicionaria.

- Hasta un niño lo hubiera comprendido -aseguró Miguel Ángel frunciendo el ceño-: Habrán transcurrido dos mil años desde la última vez que estuvimos allí cuando Valera llegue a Nahum. Ninguna mentalidad humana es capaz de adivinar las cosas que pueden haber

pasado allá en un par de milenios. -¡Ajá! -exclamó la señorita Schmidt castañeando sus dedos en el aire-. Ese fue su golpe maestro. El Ejército Expedicionario con base en Valera tenía que ser el más poderoso de cuantos hablamos tenido hasta entonces. Ya no se trataba de fabricar cinco o seis millones de buques siderales solamente. Habla que dotarles de las fantásticas cantidades de torpedos que podían disparar en una batalla…

- En las guerras del futuro, los torpedos autómatas no entrarán en combate por millones, sino por millares de millones -apuntó Miguel Ángel.

A lo que la señorita Schmidt contestó violentamente: -¿Pero quién nos amenaza con una guerra?¿La Bestia Gris, tal vez, que había sido rechazada y a quien los nahumitas se proponían aniquilar cuando usted salió de aquella galaxia? -¿Quién sabe?

- Nadie -aseguró la señorita Schmidt-. Ni usted mismo espera ver estos planetas atacados por la Bestia Gris. Sin embargo, ese fue el pretexto que puso para devolver su fuerza al Ejército y a la Armada.

Pero aquí estábamos más que hartos de ejércitos. No eran acorazados ni tanques lo que más necesitábamos, sino nuevas casas, más autómatas, más aparatos de televisión y, sobre todo, más fábricas de alimentos. El Gobierno Federal no podía echar sobre sus espaldas la penosa tarea de reconstruir el Ejército y la Armada tal y como usted aconsejaba. Así que desestimó sus recomendaciones y se dispuso a equipar a Valera con un número razonable de buques y torpedos…

- Sí -dijo Miguel Ángel con amargura-. Un número razonable… ¡medio millón de aeronaves del mismo tipo que se fabricaba cuando nuestros antepasados colonizaron el planeta Redención!

- Para nosotros esa cifra resultaba incluso demasiado alta. Nadie deseaba aquí enviar a Valera a Nahum, de donde no regresarían hasta dos mil años después. Pero los militares no pensaban marcharse por entonces. Cinco años después de haber recomendado usted la creación del nuevo Ejército el autoplaneta tenía completo su equipo. El Gobierno dio la orden de partida… Pero Valera no zarpó. Su tripulación manifestó que no partiría hacia Nahum con una fuerza tan reducida. Y el Gobierno se encontró por sorpresa en una situación idéntica a la que surgió cuando los Balmer regresaron a la Tierra tripulando el autoplaneta.

- Perdone que le interrumpa, señorita Schmidt -dijo Miguel Ángel-, pero la situación no era la misma.

Nosotros, los militares, no aspirábamos a imponer al mundo una forma de gobierno distinta a la que regía.

Considerábamos, eso sí, que el viaje de Valera a la galaxia nahumita era inútil a menos que se nos dotara de medios suficientes para defendernos y para atacar a cualquier agresor. Todo lo que

pedíamos era que se nos dieran esos medios antes de enviarnos al encuentro de lo desconocido.

- Muy ingenioso -aprobó la muchacha con ironía-. Sólo que usted olvida un detalle. Aquí no se consideraba indispensable ese viaje de Valera a Nahum. Y como el Gobierno había accedido a regañadientes, al rebelarse ustedes contra sus órdenes suspendió el viaje. ¿Y qué hizo usted entonces? ¡Se declaró en rebeldía, asumió personalmente el mando de todas las fuerzas armadas y marchó contra Washington disolviendo al Senado!

- No tuve más remedio que hacerlo -murmuró Miguel Ángel-. Para mí y para los que pensaban como yo, la expedición de Valera a Nahum era indispensable. Si la nación terrícola no se hubiera carcomido en la inactividad y la molicie de veinte siglos de ociosa paz, habría comprendido que bastaba la remota posibilidad de que la Bestia siguiera viviendo en la lejanía de sus planetas nativos para prepararnos para una guerra. Cierto que un ejército moderno resulta hoy día muy caro, pero los terrícolas podíamos permitirnos el lujo de crearlo en el plazo de veinte años a condición de que la gente se privara de algunas comodidades y tuviera alguna ocupación más.

- La nación terrícola se había privado ya de muchas comodidades durante los dos siglos de dominación Balmer. Habíamos sido felices hasta entonces y aquella molicie nos permitía dedicar todo nuestro tiempo a disfrutar de las excelencias de la vida. ¿Qué más necesitábamos para sentirnos dichosos?

- Tal vez la seguridad de que una dicha así duraría eternamente. Siquiera fuese por puro egoísmo, el terrícola debiera de haber dedicado unos minutos diarios de su ocio a cimentar esa seguridad para el futuro.

Nuestros abuelos sufrieron, lucharon y trabajaron para que las generaciones venideras disfrutaran de su obra. Pero ustedes, los que holgazaneaban al sol cuando Valera regresó de Nahum, ¿qué habían hecho en dos mil años para merecer la dicha que disfrutaban, ni cuándo trabajaron para retenerla y hacer que sus nietos la gozaran también?

La señorita Schmidt irguió su esbelto cuerpo. -¿Y qué ha hecho usted en favor de esas generaciones, señor Aznar? Puso un gobierno títere en sustitución del legalmente constituido; defraudó a setenta mil millones de seres y empezó a levantar fábricas, a abrir refugios subterráneos, a construir millones de buques de guerra, torpedos y hombres robot.

Se dio el gusto de despachar a Valera hacia Nahum llevando un ejército formidable, creado a expensas de las privaciones de la nación. Y no satisfecho con ello ha seguido fabricando y acumulando material de guerra en cantidades gigantescas… ¿para qué?¿Qué otra cosa sé

propone salvaguardar ese fantástico ejército, si no es la miseria en que nos ha sumido su construcción? -¿Considera usted que estos planetas son más pobres ahora que hace doscientos cincuenta años, sólo porque no hay tantos automóviles y aparatos de televisión como entonces? -preguntó Miguel Ángel.

Y la señorita Schmidt contestó:

- Tampoco se han construido casas, ni acondicionadores de aire, ni muebles, ni los mil objetos que cooperaban en hacer la felicidad del hombre. Los víveres escasean y también el calzado y los tejidos.

- Estamos llegando a la meta que nos propusimos al iniciar la reconstrucción de nuestras Fuerzas Armadas. Un par de años más y la poderosa industria que hemos levantado para la guerra se dedicará a fabricar todos esos artículos que usted tanto echa de menos, señorita Schmidt. Todo el sobrehumano esfuerzo que acabamos de realizar se lo habrían ahorrado ustedes si en vez de holgazanear hubieran aportado un pequeño recuerdo diario a la necesidad de mantener al día nuestro ejército.

La señorita Schmidt sonrió burlonamente.

- Cuando derrocó al Gobierno trató de justificarse diciendo que sólo pretendía dotar a Valera de los medios de combate sin los cuales sería un fracaso su expedición a Nahum. Luego que Valera zarpó, creyó engañarnos asegurando que los planetas terrícolas debían rearmarse en previsión a que la Bestia no hubiera sido aniquilada por los nahumitas. ¿Nos considera tan ciegos que le hayamos creído ninguna de las dos veces?¿No es bastante elocuente el hecho de que la oficialidad que nutre la Armada y el Ejército son miembros de la familia Aznar?¿No es cierto que usted se asegura la fidelidad de esos oficiales antes de admitirles en sus Fuerzas Armadas?¿Se necesitan más pruebas para afirmar que después de esto tendremos un Imperio Aznar del mismo corte que el Imperio Balmer?

Miguel Ángel Aznar saltó en pie como impelido por un muelle. -¡Sólo una estúpida ignorante sin las más elementales nociones dé Historia como usted sería capaz de afirmar tamaño desatino! -gritó con la faz purpúrea de rabia-. ¡La Armada y el Ejército se ha nutrido casi exclusivamente de miembros de la familia Aznar durante milenios... y nunca hubo un solo Aznar que osara atropellar los derechos del Hombre proclamándose Emperador! ¡Si las Fuerzas Armadas se nutren hoy principalmente de hombres y mujeres de mi familia, se debe a que únicamente entre los Aznares es posible encontrar aún hoy día reminiscencias del espíritu combativo que nuestros antepasados demostraron en tiempo pasados!

Uno de los hombres de la señorita Schmidt apoyó el Cañón de su ametralladora en el pecho de Miguel Ángel y le empujó hacia atrás diciendo.

- No se sulfure Su Excelencia. ¿No ve lo tranquila que está la señorita Schmidt?

La joven, en efecto, conservaba su actitud serena. Miguel Ángel volvió a su asiento y la señorita Schmidt dijo:

- Usted, con su anacrónica mentalidad, no puede comprender que esta generación extraña, la nuestra, deteste sinceramente todo aquello que fue manantial de discordias entre las generaciones que habitaron estos mundos hace más de diez mil años. El único enemigo verdaderamente temible no tiene que llegar del espacio, sino que está aquí, entre nosotros, tomando forma en esos nuevos cuadros de disciplinados y ensoberbecidos oficiales que pretenden desempolvar el brillo de los uniformes, todas las galas, ordenanzas y jerarquías, por las cuales se perecían las primitivas generaciones. Ya hemos tenido un Ejército y una Armada erigidos en amos absolutos de estos planetas. Para el caso importa poco que aquellos se apellidaran Balmer, y Aznar los que ahora sueñan con repetir la historia. La historia no se repetirá, señor Aznar. ¿Por qué cree que le hemos secuestrado?

Miguel Ángel miró sombríamente a la señorita Schmidt, pero no pronunció palabra. Y ella terminó diciendo:

- Esperamos de usted que ordene licenciar al Ejército y a la Armada, así como suspender la fabricación de nuevos armamentos y concentrar y destruir lo que ha estado acumulando durante veintitrés años.

Miguel Ángel Aznar palideció. -¡Jamás daré una orden así!-gritó.

Y la señorita Schmidt contestó:

- La dará. O de lo contrario ejecutaremos a su madre. Y si después de verla morir persiste en su negativa... ¡qué remedio!, le ahorcaremos a usted también...

Miguel Ángel volvió sus ojos espantados hacia la señora Aznar. La dama dirigió una débil sonrisa de aliento a su hijo. Pero nada podía dar ánimos al Almirante Mayor de las Fuerzas Armadas Terrícolas en circunstancia tan terrible. -¡Oiga, señorita Schmidt! -exclamó. Pero la joven había abandonado el corro que en torno a ella formaban sus partidarios y sé encaminaba hacia la cabina de los pilotos.

En lugar del pálido, bello y sereno rostro de la joven, Miguel Ángel vio ante sí un círculo de caras contraídas en una mueca de satánico placer.

Miguel Ángel recompuso su demudada faz y clavó en cada uno de aquellos rostros una mirada de desafío. Los bandoleros dejaron de sonreír y se alejaron uno tras otro.

Los cuatro prisioneros quedaron frente a frente, separados en parejas por todo lo ancho del salón. El vicealmirante Hidalgo y el brigadier Tarkington parecían tan abrumados como el propio Miguel Ángel y rehuyeron azorados la mirada que éste les dirigió.

Miguel Ángel entendió que no deseaban ser consultados en la

resolución del dilema planteado por la amenaza de la señorita Schmidt. Y sintió que la cólera y el miedo se apoderaron de su corazón.

- No te preocupes por mí, hijo -murmuró la señora Aznar apretándole una mano.

Miguel Ángel exclamó: -¿Por quién he de preocuparme, entonces? ¿Crees que dudaría en tomar una decisión si fuera mi vida la única amenazada?

La dama dijo:

- A ser posible quisiera que tomaras tus decisiones prescindiendo del hecho de que mi suerte va unida a la tuya. -¡Eso es imposible! -exclamó Miguel Ángel. Y dando la espalda a su madre se puso a mirar a través de la gruesa cubierta de cristal azul de la aeronave.

Volaban a gran velocidad por las altas capas de la atmósfera. Bajo sus pies, la tierra y las nubes iluminadas por la Luna se deslizaban vertiginosamente. A lo lejos espejeaban las aguas de un gran lago.

Estaban cruzando la antigua frontera del Canadá en dirección Norte.

Miguel Ángel pensaba en su terrible problema. ¿Serían capaces aquellas gentes de cumplir su amenaza? Creía que sí. No ignoraba el aborrecimiento que una mayoría de la nación terrícola le profesaba.

La señorita Schmidt era una de aquellas personas dispuestas a entregar gustosamente la seguridad que un potente ejército ofrecía para el futuro a cambio de la comodidad y la holganza del presente.

El, naturalmente, no podía consentir que su madre fuera ahorcada de un árbol. La palabra "ahorcar" era singularmente terrible para Miguel Ángel Aznar, que había visto morir así a su padre a manos de una muchedumbre enloquecida por el pánico. Pero aún sin este trágico precedente, tampoco podía permitir que la mujer que le dio el ser pereciera víctima de las pasiones que él había desencadenado.

Destruir en un momento el producto de 23 años de esfuerzo era también doloroso para Miguel Ángel. La creación de una poderosa Armada Sideral y la renovación del Ejército eran fruto de incontables sinsabores, preocupaciones y trabajos. Cien vidas que tuviera las entregaría resignadamente a cambio de su obra. Pero no podía sacrificar también la vida de su madre.

Y con la imaginación, Miguel Ángel vela a sus jóvenes y entusiastas oficiales volviendo mohínos y cabizbajos al seno de sus hogares; a sus divisiones de Infantería Robot desfilando marcial e indiferentemente hacia su propia destrucción; y a sus potentes y terriblemente eficaces Flotas Siderales saltando en pedazos con la explosión terrible y simultánea de los explosivos atómicos que almacenaban en sus entrañas.

Abismado en estos pensamientos, Miguel Ángel no sentía el rápido

discurrir del tiempo, ni veía las montañas cubiertas de nieve, ni los páramos desiertos, ni los bosques de abetos que se sucedían bajo sus pies, ni oía las risas de la pandilla de bandoleros que se daban un banquete con las provisiones encontradas en la despensa del aerobote.

La voz de la señorita Schmidt le arrancó bruscamente de sus meditaciones.

- Dejen eso, estamos llegando.

La pandilla abandonó la mesa con los residuos de la comida. El aparato perdía velocidad. Estaban describiendo un amplio circuito en torno a las tranquilas aguas de un lago brillante bajo la luz de la luna.

Poco después la aeronave se detenía y empezaba a descender verticalmente. Su piloto no debía ser muy competente. La máquina entró en violento contacto con el suelo, volvió a elevarse y descendió con más precaución mientras sus tripulantes recobraban el equilibrio.

La portezuela del aparato se abrió y un grupo de hombres y mujeres que vestían fuertes chaquetones de cuero subieron por la escalerilla cruzando alegres saludos con los que acababan de llegar. El más viejo de todos, un hombre que aparentaba unos 45 años de edad, contempló a los prisioneros con ojos donde se traslucía la satisfacción. La señorita Schmidt fue a besar las mejillas de este hombre.

- Aquí los tienes, papá -anunció la joven señalando a los prisioneros-. El señor Aznar, su madre y dos de los ayudantes de Su Excelencia.

El hombre se acercó a Miguel Ángel.

- Mi nombre es Schmidt. Juan Schmidt -dijo.

Miguel Ángel miró impertérrito al señor Schmidt, el cual señaló a su hija y a los hombres y mujeres que rodeaban al Almirante haciendo muecas burlescas, y dijo:

- Esta gente pertenece al Grupo de la Resistencia. No puede decirse que se encuentra usted entre amigos, pero sí entre personas pacíficas dispuestas a negociar sin recurrirá la violencia.

- Temo que entre ustedes y nosotros no haya acuerdo posible sin violencias -contestó Miguel Ángel secamente. Juan Schmidt miró a su hija, la cual dijo:

- Su Excelencia ya está enterado de lo que esperamos de él.

El señor Schmidt se volvió hacia Miguel Ángel.

- No es necesario que nos dé una respuesta inmediata -aseguró-. Podemos esperar un par de días hasta que lo medite bien. Ahora, ¿tendrán la bondad de seguirme?

El grupo saltó a tierra. Se encontraba al pie de una suave colina cubierta de abetos. Entre los árboles brillaban las luces de algunas cabañas de troncos, las cuales iban a reflejarse invertidas en las aguas del lago inmediato.

Siguiendo al señor Schmidt y a la hija de éste, los prisioneros

echaron a andar por un mullido prado en dirección a las cabañas. Estas no se diferenciaban exteriormente de aquellas que construyeron los primero colonizadores del viejo Canadá. Interiormente, no obstante, estaban acondicionadas con todo el confort que el pueblo terrícola de esta avanzada Edad solía rodearse.

Los prisioneros fueron llevados a una de las cabañas, la cuál consistía en un "living" comedor al cual daban las puertas de cuatro pequeñas habitaciones, una cocina y un cuarto de baño con agua corriente. La puerta, que daba directamente al "living" estaba provista de fuertes cerrojos.

- Este será su alojamiento por ahora -anunció el señor Schmidt señalando la estancia-. Encontrarán provisiones en la cocina. Inútil será advertirles que la casa estará constantemente vigilada por la parte exterior. Y ahora, si no necesitan nada más…

- Un momento, señor Schmidt -dijo Miguel Ángel reteniendo al hombre con un ademán-. Respecto a la proposición que la señorita me hizo en nombre de usted… -¿Ha meditado ya una respuesta definitiva?

- No encuentro respuesta para una preposición tan disparatada, señor Schmidt. A menos que ustedes cedan en una parte de sus exigencias, mi contestación tiene que ser forzosamente negativa. Yo puedo ordenar que se suspenda la fabricación de nuevos artefactos bélicos. Pero pedirme que destruya todo lo construido hasta ahora es demasiado. -¡ Ah! -exclamó el señor Schmidt. Y tras una breve pausa añadió: -Lo siento por usted, Almirante. En realidad, la liquidación de los armamentos acumulados es aún más importante qué el dejar de construirlos.

No se trata solamente de devolver a la nación el nivel de vida que ha perdido, sino destruir la amenaza que para nuestra libertad representan las Fuerzas Armadas. -¡Pero eso es estúpido! -gritó Miguel Ángel-. Siempre ha existido un Ejército y una Armada, y nunca hasta hoy se les consideró un peligro para la nación. ¿Prefieren ustedes automóviles a acorazados, y aparatos de televisión a hombres robot? ¡Bien! Dejemos de fabricarlos; puesto que no saben apreciar el valor de unas Fuerzas Armadas potentes, dejaremos de incrementarlas y fabricaremos artículos de lujo para la comodidad del pueblo. Pero ya que el esfuerzo está hecho, ¿por qué hemos de destruir el fruto de tantos años de sacrificios?

- Porque ese fruto está envenenado, Excelencia -repuso el señor Schmidt-. No me refiero precisamente a los armamentos, sino a los hombres que mueven a su voluntad esos artefactos infernales.

Dos mil años fueron necesarios para destruir la supremacía de Aznares y Balmers en la Armada y el Ejército respectivamente. Pero usted, al reorganizar las Fuerzas Armadas, no sólo las ha hecho más potentes que antes, sino que ha devuelto a su familia la supremacía

que tanto nos costó arrebatarles. El mundo no podrá sentirse tranquilo en tanto existan unas fuerzas armadas regidas por una casta selecta. En el momento que quiera, esa casta podrá aplastar cualquier Gobierno que no sea de su gusto y dictar a su antojo sobre el resto de la Humanidad. Sólo destruyendo las máquinas que son la fuerza de los Aznares conseguiremos que éstos regresen a sus casas y se confundan con el pueblo. Miguel Ángel contestó:

- Si ahora destruimos nuestras Fuerzas Armadas so pretexto de estar mandadas por miembros de mi familia, el mundo no tendrá jamás Ejército ni Armada.

- Si esa es la voluntad del pueblo, nadie tiene derecho a contrariarla.

- Este estúpido mundo criado en el ocio y la vagancia ignora lo que es mejor para él -gritó Miguel Ángel-, También el herido atacado de gangrena se resiste a que le amputen el miembro que pone en peligro su vida. ¡Y éste es el caso de la nación terrícola actual! El aburrimiento que corroe sus huesos acabará pudriendo su espíritu si no se le sacude con fuerza, aún a riesgo de hacerle algún daño.

El señor Schmidt movió la cabeza con pesimismo.

- Eso es lo que piensa usted, señor Aznar. Pero su mentalidad no es la nuestra. Usted, lo mismo que los Balmer que nos impusieron su Imperio, vive retrasado en dos mil años con respecto a nosotros. Nunca podrá comprendernos.

- Es posible que les conozca mejor de lo que se conocen ustedes mismos. Precisamente por pertenecer a una generación de la que no queda ni el polvo puedo analizarles objetivamente. Pero tiene usted razón.

Somos distintos. Temo que no podamos llegar a ningún acuerdo -murmuró Miguel Ángel.

Y el señor Schmidt contestó:

- Eso le corresponde decirlo a usted. Buenos días. El señor Schmidt abandonó la cabaña seguido de sus hombres y de su hija. La puerta se cerró seguida del estrépito de los cerrojos.

CAPITULO II

Trescientos generales y almirantes estaban reunidos en uno de los salones del edificio del Cuartel General de las Fuerzas; Armadas, en Washington.

La reunión, según un curioso hubiera echado de ver, era a puertas cerradas y revestía carácter de extraordinaria. La sala resultaba insuficiente para acomodar a una asistencia tan numerosa. Los al mirantes y generales ocupaban todas las sillas estaban también de pie apoyándose en los respaldos de los butacones, en los muebles o las

paredes.

Aquellos almirantes y generales escuchaban en religioso silencio, unos de codos en la enorme mesa central, otros garabateando caprichosos dibujos con las plumas de las escribanías, los más cruzados de brazos y la mirada fija en el piso, otros con las manos a la espalda y los ojos clavados en el techo.

El vuelo de una mosca hubiera podido escucharse en toda la sala si el hombre no hubiera aniquilado antes a todos los insectos dañinos de la Tierra. Y en este profundo silencio, la voz pastosa y viril de Miguel Ángel Aznar brotaba clara y potente de un aparato magnetofónico que estaba funcionando ante la mirada absorta del general don José Luis Balmer.

- "...el hecho de que esté amenazada la vida de mi madre y la mía propia, no debe influir para nada en la decisión que toméis después de escuchar este mensaje. He dado orden de concentrar y destruir todas nuestras Fuerzas Armadas, sencillamente porque no podía cargar sobre mi conciencia el asesinato de la mujer que me dio el ser. Pero esto no significa que espere ni que desee ser obedecido. Por fortuna, mi presencia en el mundo de los vivos no es vital para la supervivencia de nuestro Ejército. Hay entre vosotros personas sobradamente capaces para asumir la dirección de nuestras Fuerzas Armadas.

"Mis raptores creen que soy muy querido entre vosotros y que la amenaza de ahorcarme si no obedecéis mis órdenes os animará a aceptar el sacrificio que quieren imponernos.

"Por mi parte, me cabe la satisfacción de saberme apreciado entre mis amigos y nada, incluido vuestro desacato a mis órdenes, alterará esta confianza qué deposité en vosotros. No diré que mi madre y yo vayamos a morir contentos, pero si podéis tener la seguridad que iremos al encuentro de la muerte sin haceros el menor reproche.

"Esto era todo cuanto tenía que deciros, amigos Recibid mis bendiciones, así como un abrazo de vuestro Miguel Ángel Aznar".

Un silencio de muerte quedó flotando en la sala tras las últimas palabras grabadas en la cinta magnetofónica. El general Balmer alargó la mano y detuvo la marcha del aparato.

- Aquí termina el mensaje del Almirante -anunció con voz opaca.

Un almirante que se sentaba al otro lado de la mesa preguntó: -¿Cuál es la intención de Miguel Ángel al dirigirnos este mensaje? ¿Desea realmente que desobedezcamos sus órdenes?

Y otro almirante que estaba sentado junto a ésta contestó:

- La duda ofende, señor Martín.

- Tal vez no me haya explicado bien -murmura el señor Martín enrojeciendo-. Lo que quiero decir es esto: Si Miguel Ángel no está dispuesto a comprar su vida a tan alto precio, ¿por qué da curso a una

orden que al mismo tiempo espera desobedezcamos?

- Es bien sencillo, caballeros -dijo José Luid Balmer-. Miguel Ángel nos da esa orden para no hacerse responsable de la muerte de su madre. Deja tal decisión de obedecerle en nuestras manos. Si nosotros no damos una respuesta satisfactoria antes del amanecer de hoy, la madre de Miguel Ángel será ajusticiada.

Nosotros, y no su hijo, seremos los responsables de su muerte. -¿Así, pretende echar sobre nuestras conciencias la responsabilidad de la muerte de su madre? -exclamó el señor Martín.

- Discúlpenle -murmuró José Luis Balmer-. Imaginen el terrible dilema de nuestro jefe y amigo.

Cualquiera de nosotros haría lo mismo en su caso. El ha debido pensar que la idea de haber precipitado a su madre a la muerte será más soportable entre nosotros, en razón de nuestro número y la lejanía del parentesco.

Un general refunfuñó:

- Pues lo que es a mí me hace maldita la gracia cargar con la muerte de Miguel Ángel y su madre, siquiera sea a escote con ustedes.

Y otro preguntó: -¿No hay manera de evitar este desastre encontrando y rescatando al Almirante antes que expire el plazo fatal?

A lo que el Almirante Jefe de la División Tierra contestó:

- Todas las flotas con base en este planeta han estado removiendo cielo y tierra durante quince días en busca de la falúa del Almirante. Ni rastro hemos encontrado de ella.

- Hemos perdido mucho tiempo esperando que el Estado Mayor General viniera a reunirse aquí desde Venus y Marte -advirtió José Luis Balmer consultando su reloj de pulsera-. Nos quedan apenas cinco horas para deliberar y hacer pública nuestra decisión. Como de costumbre, someteremos el asunto a votación. Un sí para acatar la orden del Almirante Mayor. Un no para desobedecerle. Podemos empezar.

Uno de los almirantes tomó la lista del Estado Mayor General y empezó a citar nombres. A medida que iban siendo nombrados, los almirantes y generales iban pasando a una habitación contigua. De allí salían poco después llevando entre los dedos un papel doblado que introducían por la ranura de una urna de cristal.

Trescientos generales y almirantes, incluido José Luis Balmer, desfilaron ante la urna depositando su papeleta.

- Vamos a proceder al recuento -anunció José Luis.

Un general empezó a sacar las papeletas una por una. -¡En blanco! -anunció después de abrir la primera. Y haciendo lo mismo con la segunda, gritó-: ¡En blanco!

José Luis Balmer frunció el entrecejo. Pensándolo bien le parecía que sus colegas habían empleado muy poco tiempo en tomar una

decisión. Lo mismo que él, que había votado en blanco. -¡En blanco! -gritó el general.

Cualquier decisión que se tomase, para ser válida, debía reunir los dos tercios de los votos. -¡En blanco!

Los almirantes y generales empezaron a mirarse unos a otros con suspicacia. A medida que proseguía el escrutinio aumentaba entre ellos el sentimiento de asombro. ¡Todas las papeletas estaban en blanco!

Cuando ya era evidente que no se conseguirían los dos tercios indispensables para que la votación resultara válida, José Luis Balmer suspendió el escrutinio.

- Es evidente que todos nos hemos abstenido -dijo. Y tras una breve pausa añadió-: Bien, ¿pero qué significa esto?¿Dudamos entre sacrificar las Fuerzas Armadas o a Miguel Ángel… o sólo quiere decir que todos hemos coincidido pensando que podíamos eludir la responsabilidad moral en la muerte de nuestro jefe dejando la decisión en manos de los compañeros?

Nadie contestó. José Luis miró nerviosamente su reloj y dijo -Me permito recordar a los señores almirantes y generales que hemos de tomar una decisión antes del amanecer. De lo contrario, nuestro silencio decidirá por nosotros.

Una voz aguda gritó desde el fondo de la sala: -¡Pido la palabra!

Todas las miradas se volvieron hacia allá. Por encima de las cabezas de la concurrencia se levantó la cabeza de una mujer que acababa de subirse a una silla.

- La Almirante doña Juana Aznar tiene la palabra -gritó José Luis Balmer.

La mujer, que vestía la casaca verde de las Fuerzas Siderales, se irguió dominando el salón y dijo: -Yo tengo algo que decir, y es que el simple hecho de someter a votación si debemos rescatar o abandonar a Miguel Ángel constituye un acto vergonzoso sin parangón en los anales de nuestras Fuerzas Armadas. La sola duda ante lo que debemos hacer es una bofetada en pleno rostro de nuestro jefe y amigo.

Un murmullo de comentarios contradictorios subrayó las duras palabras de la mujer. Hasta que otra mujer que lucía las insignias de general levantó su voz para decir:

- Tenga en cuenta nuestra estimada colega que el mismo Miguel Ángel ha dado a entender, sin lugar a dudas, que no desea ser obedecido.

Y la Almirante doña Juana contestó violentamente:

- A no mediar las circunstancias que le impiden confesarlo, el Almirante Mayor reconocería lo que ya es sobradamente evidente para todos nosotros. Cometimos un tremendo error al creer que

imponiendo nuestro criterio a la nación terrícola acabarían por abrirse paso las razones que nos impulsaron a rebelarse contra el Gobierno Federal.

Otro ensordecedor murmullo acogió las palabras de la mujer. Esta miró en tomo unos instantes y luego volvió a levantar la voz para decir:

- Mis estimados colegas: Nos consideramos personas de honor, ¿no es cierto? Pues bien. Esta es la ocasión de demostrarlo. El secuestro de nuestro jefe y la amenaza de darle muerte si no accedemos, a sus demandas, es un reto que nos lanza al rostro la nación entera. Si dejáramos morir a Miguel Ángel Aznar el pueblo exclamaría: "¿Ven como a estos soberbios militarotes no les importa un bledo sacrificar a su jefe con tal de sostenerse en su posición privilegiada?" ¡Y eso no es cierto! ¿O sí lo es?

La última pregunta levantó un coro de indignadas protestas. Y en medio de este alboroto se escuchó la voz de la Almirante Juana Aznar que gritaba: -¡Pues si es verdad que al imponer nuestro criterio a este pueblo estúpido lo hacíamos por su bien y no por el nuestro, sólo hay una forma dé contestar a su desafío! ¡Váyase al infierno nuestra Armada Sideral y nuestro Ejército!

Un trueno de aplausos acogió las últimas palabras de la dama.

Una hora más tarde, en una cabaña perdida en el vastísimo territorio del Canadá, Miguel Ángel escuchaba con asombro el siguiente comunicado difundido por televisión:

- "Poco después de media noche, el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, reunido en sesión extraordinaria en su residencia oficial de Washington, acordó por unanimidad disolver el Ejército y la Armada, suspender la fabricación de nuevos armamentos y destruir todos los existentes.

El Estado Mayor procede a discutir seguidamente el plan para la total liquidación de las Fuerzas Armadas".

La señora Aznar corrió a abrazar a Miguel Ángel -Bien puedes sentirte orgulloso de tus amigos, hijo -murmuró con lágrimas en los ojos-. Ellos no te han abandonado.

Miguel Ángel no acertó a contestar en su confusión.

Mientras tanto sonaban afuera disparos de pistola, seguidos de gritos y de la descarga de una, ametralladora. La puerta de la cabaña se abrió y por ella entró el señor Schmidt seguido de su hija Otis y de algunos de sus hombres. En los rostros de todos ellos se traslucía el júbilo más extremado.

El señor Schmidt vio el aparato de televisión en marcha y preguntó: -¿Lo sabe usted ya?

- SI -contestó Miguel Ángel.

- Confío en que no se trate de un engaño. -¿Qué quiere usted decir?

- Encuentro un tanto sospechosa la prontitud con que sus generales han accedido a nuestras condiciones... ¡por unanimidad! Quizás piensen ganar tiempo con la esperanza de rescatarle a usted mientras se tramita la liquidación de las Fuerzas Armadas.

Miguel Ángel gritó: -¡Eso es un insulto, señor Schmidt! No tiene derecho a dudar de la palabra de mis colegas y amigos.

- Bien -murmuró el señor Schmidt con embarazo-. Esperemos que obren con lealtad. Entre tanto les retendremos a ustedes. Procuraremos hacer menos severas las reglas de precaución. Podrán salir a pasear en adelante... siempre con la debida escolta, claro.

- Gracias -repuso Miguel Ángel secamente.

El señor Schmidt saludó con una inclinación de cabeza y salió seguido de su hija y de los hombres que le acompañaban. La puerta se cerró tras ellos. Pero durante muchas horas, hasta el amanecer, estuvieron escuchándose los tiros, los gritos y las carcajadas con que los guerrilleros celebraban su triunfo.

A las ocho de la mañana Miguel Ángel Aznar se encontraba en la cocina disolviendo una pastilla de café sintético en agua caliente. A través de la ventana enrejada podía ver el lago al final de un prado bordeado de margaritas. Las nevadas cumbres de una cordillera próxima se reproducían invertidas en las tranquilas aguas.

Mientras esperaba a que hirviera el agua, Miguel Ángel se sorprendió silbando una alegre tonadilla.

Entonces miró hacia dentro de sí mismo. Y se vio contento. No había pegado ojo en toda la noche y sin embargo sentíase descansado. Un inefable bienestar le invadía de pies a cabeza. Sus pulmones parecían más grandes que otras veces. Experimentaba la sensación de haber sido librado de un tremendo peso.

Con una taza de café en la mano volvió al "living", tomó asiento en el diván y enchufó el aparato de televisión.

En la pantalla, de un metro de lado, apareció en panorámica una manifestación que recorría las principales calles de Washington agitando banderas y pancartas. Miguel Ángel no tardó en saber, por las explicaciones del locutor, que se trataba de una manifestación de júbilo con motivo del próximo licenciamiento del Ejército y la Armada.

Sorbiendo lentamente el café, Miguel Ángel siguió durante un buen rato las peripecias de los operadores que se esforzaban por presentar a la manifestación desde diversos ángulos y perspectivas. Un orador espontáneo entró de lleno en la pantalla. Entre los rugidos de la delirante multitud escucháronse frases como: "Las nubes que amenazaban el futuro de nuestra civilización se disipan. Volverá a brillar el sol" "Con la liquidación de las Fuerzas Armadas el mundo entra en una nueva era de paz, de felicidad y de abundancia." -

¡Estúpidos! -mascullo Miguel Ángel. Y dejó al improvisado orador con la palabra en la boca al desenchufar bruscamente el aparato.

Sólo entonces cayó en la cuenta de que no se encontraba solo en el "living". La puerta de la cabaña acababa de abrirse silenciosamente y bajo el dintel estaba la señorita Schmidt apretando contra su pecho un brazado de flores. Ella sonrió un tanto desconcertada.

- Buenos días. -¡Hola, buenos días! -contestó Miguel Ángel, jovialmente.

- No creí que estuvieran levantados tan temprano-se excusó la señorita Schmidt.

- Sólo yo estoy levantado. Los demás duermen todavía.

- He venido a traer estas flores porque sé que le gustan a la señora.

Miguel Ángel miró hacia el gran ramo de flores marchitas que llenaban el jarrón próximo. Su madre las trajo tres o cuatro días atrás al regresar del único paseo que se le permitió dar fuera de la cabaña.

- Ella se lo agradecerá -aseguró Miguel Ángel. Y sonriendo burlonamente agregó-: ¿No entra usted?

La señorita Schmidt entró dejando la puerta abierta. Un malencarado guerrillero fue a apoyarse indolentemente contra la jamba. La joven cruzó la habitación para tomar el jarrón y desaparecer en la cocina. Poco después regresaba con las flores frescas sumergidas en el agua limpia que había puesto en el jarrón.

Miguel Ángel la estuvo observando mientras ella mezclaba armoniosamente el color de las flores. Le parecía ahora muy distinta de aquella mujer que vio por primera vez sentada a los pies de su lecho, al despertar de una horrible pesadilla.

La señorita Schmidt se volvió de repente. Y al sorprender la mirada de Miguel Ángel, enrojeció.

- Ya sabe que puede salir a pasear en el momento que quiera -dijo con alguna precipitación. -¿Ahora mismo?

- Pues... si. Ahora mismo, si usted lo desea. -¿Me acompañará usted? -preguntó Miguel Ángel poniéndose de pie. -¿Desea que le acompañe?

- Si.

Ella le contempló entre admirada y sorprendida.

- Bien -murmuró-. Vamos allá.

Salieron juntos, seguidos a corta distancia por el guerrillero armado. Echaron a andar por la orilla del lago. Miguel Ángel aspiraba con fruición el aire embalsamado de la mañana. Miraba como si jamás lo hubiera visto hasta entonces las cumbres nevadas, el cielo azul, el bosque y las tranquilas aguas del lago espejeando bajo los rayos del sol.

La señorita Schmidt le espiaba con el rabillo del; ojo. Al cabo de un buen rato de andar en silencio dijo bruscamente:

- No parece muy afectado por la próxima liquidación de sus Fuerzas Armadas.

La faz de Miguel Ángel se ensombreció.

- Sé que no va a creerme -dijo-. Pero la verdad es que me siento liberado de un gran peso. Cuando hace veintitrés años alenté a las Fuerzas Armadas a rebelarse contra el Gobierno, creí que, con el tiempo, la gente reconocería las razones que me impulsaron a imponerle mi criterio y acabaría por perdonarme mi acto de violencia. Luego, los años y las constantes muestras de descontento de la nación echaron por tierra mis ilusiones. Comprendí que el Ejército y la Armada no podrían entregarse jamás a un pueblo que les detestaba. Si las Fuerzas Armadas hubieran sido fruto de mi exclusivo esfuerzo, las habría, destruido el mismo día que comprendí mi error. Pero conmigo había arrastrado a un puñado de millones, de hombres y mujeres, los cuales se sacrificaron dejándose llevar de mis propias opiniones. No podía decirles: "Me he equivocado, amigos. Olviden todo lo que han sufrido y vuelvan a sus casas. Vamos a licenciar el Ejército y la Armada".

Miguel Ángel miró al fondo de las hermosas pupilas femeninas. Y terminó diciendo:

- Gracias a Dios, mis amigos han comprendido al fin lo que yo no podía insinuarles. Porque no vaya usted a creer que la súbita decisión de destruir nuestras Fuerzas Armadas ha sido inspirada por un sentimiento de lealtad hacia mí. Ciertamente, la amenaza de ustedes ha influido en esa decisión. Pero ella, por sí sola, no habría bastado para impulsar a mis amigos a este acto, si ellos creyeran que era más importante conservar el Ejército que salvar mi vida. La amenaza de matarme ha sido simplemente la gota que ha colmado un vaso lleno. El mundo, estoy seguro, no ha comprendido la ejemplar lección que acaban de, darle mis amigos. Si éstos aspirarán a constituirse en una casta privilegiada, dueña del Mundo, como se les acusa, hoy lo hubieran demostrado dejándome morir. ¿No cree usted?

La señorita Schmidt no contestó porque tal como se le aparecían las cosas después de las palabras de su prisionero, resultaba de lo que consideraba su triunfo propio la rehabilitación del prestigio de los Aznares.

- Si en este mundo absurdo fuera posible encontrar todavía una chispa de sentido común -dijo Miguel Ángel-, la gente comprendería que nunca existió un peligro de parte de las Fuerzas Armadas y pediría por aclamación que se suspendiera el sacrificio del fruto de tantos años de esfuerzos. -¿Es eso lo que ustedes esperan? -preguntó la señorita Schmidt.

Y Miguel Ángel preguntó: -¿Qué quiere decir? -¡Oh, son ustedes muy astutos! -exclamó la muchacha-. Apuesto a que han pensado

deslumbrarnos diciendo que iban a destruir sus ejércitos para demostrar que no tienen gran interés en conservarlos y el mundo, emocionado, corra a impedir su sacrificio.

La faz de Miguel Ángel Aznar se cubrió de púrpura.

- Señorita Schmidt -dijo secamente-. Es usted una mujer excesivamente suspicaz… aunque no la única, ciertamente. La suspicacia es uno de los principales sentimientos que distinguen a las generaciones presentes. Por lo tanto, no habrá un mundo emocionado que corra a impedir el sacrificio de las Fuerzas Armadas. El sacrificio se consumará, puede usted estar tranquila. -¡Oh, estoy muy tranquila! -aseguró la señorita Schmidt irónicamente.

Miguel Ángel Aznar se detuvo en seco, la miró y dijo:

- Si no le importa, desearía volver.

Ella giró bruscamente sobre sus talones y sin decir palabra echó a andar rápidamente por la orilla del lago en dirección a la cabaña.

Miguel Ángel la siguió enfurruñado. Al llegar ante la puerta, mientras ella se hacía a un lado para dejarle paso, anunció:

- Gracias por el paseo. Aunque no resultó lo agradable que yo esperaba.

Y la señorita Schmidt contestó:

- Lo siento. Otra vez será.

Miguel Ángel entró en la cabaña. Su madre, el vicealmirante Hidalgo y el brigadier Tarkington se disponían a desayunar. Los tres salieron a dar un paseo después del desayuno, pero Miguel Ángel prefirió quedarse junto al aparato de televisión.

Durante todo aquel día estuvieron dándose noticias referentes a las manifestaciones de júbilo y a las disposiciones adoptadas por el Estado Mayor General con vistas a la inmediata destrucción de la Armada y el Ejército. Las tres divisiones (Marte, la Tierra y Venus) iban a ser concentradas cerca de sus respectivos planetas base para que su destrucción pudiera ser presenciada por los habitantes de estos mundos. Las guarniciones de Plutón, Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter y Mercurio, así como las de todas las lunas y asteroides, habían recibido ya orden de evacuar y se disponían a regresar a la Tierra a bordo de los buques que patrullaban por las cercanías.

La destrucción del Ejército Autómata formado de tres Cuerpos de Ejército de hombres robot, iba a requerir más tiempo y trabajo. Esta infantería autómata, cada uno de cuyos soldados era una obra maestra de la electrónica más avanzada, estaba hecha de un metal tenacísimo y que sólo se fundía a elevadas temperaturas.

Para Miguel Ángel Aznar, cada uno de los prolijos detalles destinados a reducir a chatarra un Ejército y una Armada tan costosísimos, era como un puñal clavándose profundamente en su corazón. No importaba que ahora estuviera en paz con su conciencia.

El Mundo iba a tener lo que quería. Pero seguía opinando que él Mundo no debía deshacerse de estas Fuerzas Armadas. Era una locura destruir el fruto de tantos años de trabajo. Una locura que podía costarle a la Humanidad algo tan caro como su propia destrucción.

- Creo que no debía escuchar usted estas cosas. -insinuó el brigadier Tarkington dos días más tarde.

Y Miguel Ángel contestó:

- Sí. Será mejor que se lleven este maldito aparato. Teniéndolo aquí no puedo resistir la tentación de escucharlo. Y el aparato de televisión fue retirado.

Durante 15 días los prisioneros ignoraron cuanto ocurría en el mundo. Pero un día, cuando se disponían a salir para realizar uno de sus cotidianos paseos junto al lago, un guerrillero gritó haciendo una mueca burlesca: -¿No sabe, Almirante? ¡Hoy incineran a la Armada!

Miguel sintió un súbito peso en el estómago.

- Creo que no voy a dar ese paseo -murmuró. Y se quedó en la cabaña.

Miguel Ángel, aunque casado dos veces, no había tenido hijos. Ignoraba lo que era la paternidad, con gran sentimiento suyo por cierto. Pero creía que si un hijo suyo hubiera estado en trance de ser ajusticiado aquel mismo día, habría sentido una cosa parecida a esta angustia de muerte que le oprimía el corazón.

Se abstuvo de preguntar a qué hora se consumaría el sacrificio. Tomó un calmante y se acostó. Pero no pudo dormir. Al contrario, sus sentidos parecían más agudizados que nunca. Allá afuera escuchó la voz de un hombre que llamaba a otro diciendo: -¡Ven… Eso va a empezar!

Miguel Ángel se aferró a la cama como si esperara un temblor de tierra.

La señora Aznar regresó de su paseo con el brigadier Tarkington y el vicealmirante Hidalgo. Al asomarse a la habitación de su hijo halló a éste del color de la cera. Respetando y comprendiendo su dolor, no hizo pregunta alguna. Cerró y se marchó silenciosamente.

Miguel Ángel se prodigaba a sí mismo palabras de consuelo. Total, nada. Lo que el Mundo perdiera en seguridad para el futuro lo ganaría él en tranquilidad. Quizás el Mundo no estuviera amenazado de ningún peligro, al fin y al cabo. Y él podría volver a la placentera existencia de los cinco años anteriores al rearme de la Federación. Se retiraría a un apartado lugar de la Tierra. Se dedicaría a gozar de la vida, sin más preocupación que cuidar de sus flores y de sus animales domésticos. Tal vez encontrara alguna mujer que le hiciera feliz y le diera los hijos que siempre había deseado…

Finalmente se durmió. Cuando despertó al anochecer el sacrificio de la División Sideral Terrícola estaba consumado.

Como si la Naturaleza deseara unir su llanto al de Miguel Ángel Aznar, el día siguiente amaneció frío y lluvioso. Llovió incesantemente durante una semana y a la mitad de ésta fue destruida también la División Sideral Marciana. Esta ardió en mitad de una apoteosis atómica que fue presenciada desde Marte, la Tierra y Venus a través de millones de aparatos de televisión.

Este segundo golpe lo soportó Miguel Angel con mucha más entereza. Aceptaba con resignación lo inevitable. Tanto fue así que rogó a sus guardianes que volvieran a traer a la cabaña el aparato de televisión.

La señorita Schmidt fue a la cabaña de los prisioneros con los hombres que transportaban el aparato.

- Supongo -le dijo Miguel Ángel- que ya se habrán tranquilizado las dos terceras partes de su quisquillosa suspicacia. Las divisiones siderales de la Tierra y Marte ya están destruidas.

Y ella contestó:

- Confieso que ahora me siento más tranquila. Sin embargo, la Flota Venusina es sobradamente potente para dominar al mundo si se lo propusiera.

- Con lo que, sin duda, quiere decir que no nos dejarán en libertad en tanto no haya sido aniquilada a su vez-dijo Miguel Ángel.

Y ella exclamó:

- A propósito de libertad. ¿Qué se propone hacer usted con la suya? ¿Permanecerá en estos planetas o partirá con sus generales y almirantes rumbo a Redención? -¿Por qué cree que deseo exiliarme? -¡Oh! Sus amigos lo prefieren a quedarse aquí. Temen que el pueblo tome venganza en ellos por los veintitrés años que nos tuvieron bajo su planta y se han reservado algunos orbimotores para marcharse en cuanto usted se reúna con ellos. -¿Quiere decir que me esperan?

- Así lo han dado a entender.

Miguel Ángel quedó unos momentos silencioso.

- No había pensado en eso -confesó-. Siempre creí que, liquidados el Ejército y la Armada, el pueblo sentiría aplacado su odio y nos dejaría en paz. Pero ahora que usted lo dice… sí, tal vez lo más conveniente sea emigrar al planeta Redención. -¿Pero se da cuenta que mientras ustedes viajan por el espacio habrán transcurrido casi mil doscientos años terrestres y que la Humanidad que encontrarán al llegar a Redención será temperamentalmente más distinta de ustedes que la terrícola?

A lo que Miguel Ángel contestó:

- Después de la experiencia que hemos adquirido aquí, no es probable que nos sintamos reformadores al llegar allá… Por lo demás, ¿garantizaría usted nuestra seguridad personal si optáramos por quedamos en estos planetas?

- No -murmuró la señorita Schmidt-. La verdad es que nadie se atrevería a darles esa garantía. La nación terrícola les detesta. Obrarán cuerdamente marchándose de aquí cuando todavía pueden hacerlo.

Y como los guerrilleros ya habían terminado la instalación del televisor se marchó seguida de ellos.

Siguió lloviendo durante todo el día. Aquella noche, después de comer, los prisioneros adoptaron posturas cómodas ante el aparato de televisión para presenciar un partido de fútbol de la competición de Liga que iba a desarrollarse en Nueva Delhi (India).

La afición a ese deporte no sólo no se había extinguido con el transcurso de los milenios, sino que de hecho se practicaba en la actualidad con siempre renovado entusiasmo. Las generaciones del presente, liberadas de la esclavitud del trabajo gracias a las portentosas máquinas inventadas y construidas por sus antepasados, podía dedicar todo su tiempo al cultivo de las artes y los deportes.

No sólo el fútbol, sino también todos los deportes conocidos desde la remota infancia del hombre, se practicaban contando, con muchedumbres de entusiastas adeptos. Los escritores, los artistas y los deportistas eran ahora mejores que nunca, sencillamente porque no percibían retribución alguna excepto la de la fama. Y esto bastaba y aún sobraba para estimular en todos los hombres y mujeres su celo profesional. En los superpoblados mundos de esta avanzada edad, la gente se desvivía por destacar su nombre y su fisonomía de entre la masa de 70.000 millones de almas confundidas en la más descorazonadora vulgaridad.

El partido entre indios y sudafricanos comenzó a la hora prevista, con un tiempo espléndido. En realidad, ningún rasgo físico distinguía a los jugadores de ambos equipos. Las razas humanas se habían confundido siglos atrás y por esta razón los espectadores que presenciaban el encuentro en el mismo estadio no diferían en absoluto de los millones de otros seres humanos que seguían las peripecias del juego en el resto del planeta a través de sus aparatos de televisión.

La rivalidad de los equipos tenía solamente carácter regional. La India y Suráfrica no eran países distintos, sino provincias de una sola nación: la Tierra.

Durante media hora, la señora Aznar, su hijo, él brigadier Tarkingtón y el vicealmirante Hidalgo siguieron llenos de interés las incidencias del juego. Este consiguió acaparar por completo la atención de Miguel Ángel, haciéndole olvidar por completo las preocupaciones que le habían atormentado durante aquellas últimas semanas.

Sobre el césped del terreno de juego lucía un sol espléndido. Pero de pronto, una nube extraordinariamente densa debió interponerse entre el terreno de juego y los rayos del sol.

Como un solo hombre, los 200.000 asistentes directos al encuentro entre los equipos del fútbol, levantaron los ojos al cielo. Y casi en el mismo instante saltaron en pie señalando a algo que estaba fuera del campo visual de la cámara de televisión. Hasta los más remotos lugares de la Tierra llegó, a través de los aparatos televisores, el terrible grito de espanto que lanzaron 200.000 gargantas desde la India.

El "speaker" que amenizaba el encuentro con sus comentarios gritó entrecortadamente: -¡Atención tele asistentes! Como ustedes pueden apreciar… algo… algo está ocurriendo aquí sobre el estadio metropolitano de Nueva Delhi.

Y en efecto. Los que como Miguel Ángel seguían el encuentro a través de los aparatos de televisión, podían ver a la gente del estadio dando muestras de visible excitación. Y mientras tanto, la extraña nube seguía oscureciendo más y más el terreno de juego.

El "speaker" gritó:

- Se trata de un autoplaneta, sin duda alguna… aunque de un autoplaneta muy extraño… Pero véanlo ustedes por sí mismos.

La cámara se movió apuntando al cielo y los intrigados "teleasistentes" pudieron ver la máquina que estaba suspendida sobre el estadio de Nueva Delhi. Se trataba simplemente de una pirámide hexagonal cuyo vértice apuntaba a tierra. Se encontraba quizás a siete u ocho mil metros de altura, pero era tan enorme que llenaba toda la pantalla del aparato televisor. -¡Dios Todopoderoso! -exclamó Miguel Ángel poniéndose de pie de un salto-. ¡Ese autoplaneta no es nuestro! Y el vicealmirante Hidalgo gritó' -¡Así eran los autoplanetas de la Bestia Gris que vimos en Nahum! -¡No es posible! -dijo roncamente la señora Aznar poniéndose en pie a su vez y retrocediendo como si esperara ver surgir de la pantalla, y saltar dentro de la habitación uno de aquellos demonios grises de orejas puntiagudas. El locutor de Nueva Delhi decía:

- Como ustedes podrán apreciar, esta máquina tiene un aspecto poco tranquilizador. El público da muestras de nerviosismo y empieza a apelotonarse en las salidas… se oyen gritos de "La Bestia… La Bestia", pero a nosotros nos parece que… ¡Miren, algo se desprende del autoplaneta y cae hacia tierra!

En efecto. Entre el objetivo de la cámara y el vértice de la máquina piramidal brillaban con una fantástica luz azulosa una miríada de objetos diminutos que crecían velozmente de tamaño. -¡Máquinas robot reducidas! -exclamó Miguen Ángel con acento de infinito asombro.

Un silbido taladrante del tornavoz del aparato televisor. La pantalla de éste quedó súbitamente a oscuras.

Miguel Ángel, Hidalgo y Tarkington cruzaron una mirada de

estupefacción. Los tres estaban pálidos como la cera.

De pronto la pantalla volvió a iluminarse. Pero la imagen que apareció en ella ya no era la del siniestro autoplaneta, sino la de una joven rubia cuyo rostro, sin duda bello, estaba desencajado por el terror. -¡Aquí Estación Satélite Ecuatorial Doce! -anunció la locutora-. Algo terrible está ocurriendo... La Estación de Nueva Delhi interrumpió bruscamente su emisión cuando las bombas atómicas empezaron a caer sobre la ciudad. Desde nuestra Estación Ecuatorial podemos ver los globos de fuego y las setas radioactivas que se forman en la lejanía, aproximadamente por el emplazamiento de Nueva Delhi. También vemos la máquina atacante, la cual vendrá a tener entre cuarenta y cincuenta kilómetros de altura y brilla en la estratosfera como una gigantesca peonza cuya punta se apoyara en tierra. Vamos a apuntar nuestra cámara provista de telescopio... Atención. ¡Conectamos!

La imagen de la locutora fue sustituida bruscamente por la de una pirámide hexagonal cuyo vértice tocaba el borde inferior de la pantalla, pero cuya base debía, encontrarse mucho más arriba, fuera del recuadro del aparato televisor.

Un gran rombo blanco se destacaba sobre cada una de las negras caras de la pirámide. Estas mostraban también gran número de agujeros redondos por los que salían lanzados como proyectiles unas máquinas oscuras en forma de cohete que inmediatamente empezaban a maniobrar picando hacia tierra. -¡Un autoplaneta thorbod! -exclamó la excitada voz de un invisible locutor-. ¡Ese rombo es el emblema de las Fuerzas Armadas de la Bestia Gris! ¡Es la Bestia quien ataca a la Tierra!

Simultáneamente con la exclamación del locutor, un triple grito de rabia y asombro resonó en el "living" de una cabaña de troncos enclavada junto a un lago, en un remoto lugar del viejo Canadá. -¡¡¡La Bestia!!! -dijeron Miguel Ángel Aznar, el vicealmirante Hidalgo y el brigadier Tarkington.

Y se quedaron callados, mirándose con ojos dilatados por el temor. Porque con sólo estas dos palabras el horizonte se abría para la Humanidad plagado de promesas de sufrimientos y calamidades sin cuento.

Y mientras tanto, la voz de un locutor que tripulaba la Estación Satélite Doce, una esfera metálica que giraba en torno a la Tierra como otras muchas que servían para retransmitir en cadena los programas de televisión, decía agitadamente:

- Los buques siderales de la Bestia Gris se dirigen hacia nosotros... Nos han descubierto, sin duda y tratarán de derribarnos;.. Nos apresuramos a abandonar la estación... ¡Cortamos!

La pantana volvió a quedar a oscuras. -¡La Bestia Gris en la Tierra! -

murmuró Miguel Ángel como hablando consigo mismo. Y luego exclamó-: ¡Precisamente ahora, cuando acabamos de destruir dos tercios de nuestra Armada Sideral!

Pálidos y desencajados, Hidalgo y Tarkington contemplaron a su jefe con ojos acusadores.

Escuchóse en este momento el estrépito de los cerrojos que eran descorridos por la parte de afuera. La puerta de la cabaña se abrió violentamente y la señorita Otis Schmidt se precipitó en el "living" seguida de un grupo de guerrilleros. -¡La Bestia ataca a la Tierra! -gritó deteniéndose ante el Almirante. Y añadió con entrecortada respiración-: Están bombardeando Nueva Delhi... ¡Acabamos de verlo por televisión!

- Nosotros también -repuso Miguel Ángel secamente.

La señorita Schmidt pestañeó rápidamente. Después miró sucesivamente a Tarkington, al vicealmirante Hidalgo, a la señora Aznar y nuevamente a Miguel Ángel. -¡Ah, bien! -gritó con acento despechado-. Sé lo que están pensando. La Bestia acaba de llegar para bochorno y humillación de quienes no queríamos Ejército ni Armada. ¡Magnífica ocasión para vengarse de este pueblo que no quiso comprenderles!¿Qué harán ahora, señor Almirante Mayor?¿Se retirarán con lo que queda de la Armada dejando que la Bestia invada este planeta y la insensata Humanidad pague con la vida el no haberles querido escuchar? -¡Cállese, señorita Schmidt! -gritó Miguel Ángel poniendo su puño cerrado ante la nariz de la joven-. ¿Cree que éste es momento de bromear o de entregarse a accesos de histerismo? Tal vez nos veamos obligados a retirarnos de este planeta. ¡Pero no será sin antes disputarle a la Bestia cada palmo de tierra!

La señorita Schmidt volvió a pestañear. Tragó salival. Sus azules pupilas tenían humedad de lágrimas. -¿Lucharán por nosotros? -preguntó con acento de incredulidad.

Miguel Ángel Aznar contestó secamente: -¿Qué se había creído?

La muchacha se humedeció los resecos labios con la boca.

- Supongo que querrá usted marchar a ponerse al frente de las Fuerzas Armadas -dijo con voz débil.

- Sí. Si es que se me permite hacerlo.

- Tenemos aquí cuatro de los "backs" que requisamos de su falúa. Los otros se los llevaron mi padre y los hombres que marcharon a Whitehorse en busca de provisiones. -¿Pues qué hicieron de mi falúa?

- Era peligroso tenerla aquí y nos desembarazamos de ella precipitándola al océano. -¡Vaya, por Dios! -exclamó Miguel Ángel haciendo un ademán de resignación.

Algunos guerrilleros abandonaron apresuradamente la cabaña para ir en busca de los trajes voladores.

En el intervalo, la locutora de Ottawa se asomó a la pantalla

televisora para anunciar nerviosamente que quedaban a la espera de recibir nuevas noticias. Luego, aconsejó al público una calma que ella estaba muy lejos de sentir, recomendándoles que se dirigieran sin pérdida de tiempo hacia los refugios antiatómicos.

Miguel Ángel se volvió hacia la señorita Schmidt. -¿Dónde nos encontramos? -preguntó.

La joven contestó:

- En el lago Belot, cincuenta kilómetros por encima del Círculo Polar Ártico. La población más próxima Whitehorse, se encuentra a ochocientos kilómetros de distancia por el sudoeste.

En este momento regresaron los que habían ido por los "backs" o trajes voladores. Estos eran unas armaduras completas de diamante artificial provistas de escafandra, a cuyas espaldas iba adosada una caja metálica con la apariencia de una mochila.

La señorita Schmidt señaló los trajes y los prisioneros empezaron a equiparse con las armaduras de diamantina. -¿Qué harán ustedes luego que nosotros nos hayamos marchado? -preguntó Miguel Ángel.

La señorita Schmidt contestó:

- No se preocupe por nosotros. Este territorio está completamente desierto. No es probable que los Hombres Grises se acerquen por aquí.

- Sí, eso es cierto -murmuró Miguel Ángel-. Pensándolo bien, tal vez fuera mejor que te quedaras aquí, mamá. No eres muy diestra en el manejo de estos trajes, y aquí estarás segura. Uno de estos hombres podría acompañarnos para volver más tarde con un aerobote que os saque a todos aquí.

- Como tú lo consideres mejor, hijo -murmuró la señora Aznar.

Y uno de los guerrilleros exclamó:

- Si, eso está muy bien. Que la señora se quede con nosotros. Así tendremos la seguridad de que alguien vendrá a recogernos más pronto o más tarde.

Y otro gritó: -¡Vaya usted con el Almirante, señorita Otis!

La señorita Schmidt parecía dudar.

- Está bien -dijo finalmente tomando las piezas de la armadura que le ofrecía la señora Aznar-. Les acompañaré hasta Whitehorse para ver qué ha sido de mi padre.

CAPITULO III

Los tres hombres y la muchacha volaban a través de la noche unidos por una cuerda de 40 metros de longitud. Miguel Ángel había tomado esta precaución antes de emprender el viaje temiendo encender las lucecillas de situación que podían atraer la atención del enemigo caso que encontraran a éste en su ruta.

Otis Schmidt, volando a un extremo de la cuerda, dirigía la marcha

desde el ala izquierda. Miguel Ángel confiaba en el sentido de orientación de la muchacha y, además, necesitaba tiempo para ordenar sus todavía confusos pensamientos.

En primer lugar la Bestia estaba en la Tierra y llegaba en un momento crítico, precisamente cuando los planetas federados terrícolas acababan de destruir estúpidamente los dos tercios de una Armada Sideral que de haber estado en su puesto de vigilancia hubiera advertido, si no contenido, la llegada del invasor.

Sin embargo, con ser grave, esto no era lo peor. Peor hubiera sido, por ejemplo, que la Bestia tardara una semana más en presentarse, porque entonces ya estaría consumado el sacrificio de la División Sideral Venusina y ni un buque de línea habría quedado para salir a hacer frente al enemigo.

Más grave era que la Bestia conocía y utilizaba el procedimiento científico-industrial mediante el que era posible reducir los espacios vacíos existentes entre la materia, de forma que los objetos quedaban enormemente empequeñecidos y con la propiedad de volver a su tamaño primitivo en cualquier momento.

Si los Hombres Grises conocían este invento -y de ello tenia la evidencia Miguel Ángel-, nada les impedía haber traído millones de máquinas robot, hombres autómatas, torpedos atómicos e incluso buqués de línea reducidos al tamaño de juguetes para devolverles sus dimensiones y sus cualidades combativas en el momento de desembarcarlos.

Ahora todo estribaba en la cuestión del material traído por la, Bestia a bordo de sus autoplanetas. Si su Ejército y su Armada eran numéricamente superiores al Ejército y a lo que quedaba de la Armada Sideral Terrícola, el triunfo del Thorbod sobre la Humanidad podía darse por descontado.

Así, pues Miguel Ángel Aznar ardía en deseos de llegara Whithorse, de reunirse con su Estado Mayor, de poner orden en el caos que sin duda reinaba en todo el planeta y saber a qué atenerse respecto de la cantidad y la calidad de las fuerzas del enemigo.

Todo esto iba pensando Miguel Ángel mientras volaba a 800 kilómetros por hora y cuatro mil metros de altura encerrado en su hermética armadura de diamantina.

La Tierra permanecía oculta bajo un denso banco de nubes cargadas de lluvia. Pero por encima de las nubes una resplandeciente aurora boreal abría su abanico multicolor.

Llevaban alrededor de media hora de vuelo e iban dejando atrás el fulgor de la aurora, cuando un gigantesco globo de fuego brilló en el horizonte arrojando una potente luz verde-azulada, extraterrestre y extrañamente fría.

En los auriculares que oprimían los oídos de Miguel Ángel sonó la

voz del brigadier:

- Una explosión atómica. Parece como si hubiera estallado precisamente encima de Whitehorse. ¿No cree usted, señorita Shmidt?

Antes que la muchacha contestara, otros dos globos de fuego parpadearon medrosamente en la lejanía. -¡Es sobre la ciudad, no cabe duda! -exclamó Otis Schmidt-: ¡Oh, mi pobre padre!

- Tal vez no se encontrara allí -apuntó Miguel Ángel. Y luego añadió-: Creo que será mejor que nos dirijamos hacia el Sur.

Otras tres explosiones atómicas brillaron en el horizonte mientras oblicuaban hacia el Sur. Poco después, llegaba hasta los viajeros la onda sonora de aquellas deflagraciones. Un pavoroso trueno rugió sobre las Montañas Rocosas y el eco lo amplió como una gigantesca caja de resonancia lanzándolo de un lado a otro hasta la saciedad.

Todavía restallaron otras frías llamaradas. Los hombres y la muchacha volaban en silencio. La aurora boreal que les había acompañado desde el Círculo Polar Ártico iba quedando atrás, pero sus luces teñían todavía de púrpura las altas capas de la atmósfera.

Al cabo de un buen rato el vicealmirante Hidalgo gritó por la radio que todos llevaban sintonizados en la misma frecuencia: -¡Miren hacia arriba!¿Ven lo mismo que yo? El grueso cristal azul de las escafandras dificultaba la visión nocturna, por más que fueran muy útiles para preservara sus portadores de las mortales radiaciones ultravioleta cuando volaban por encima de la estratosfera. Sin embargo, y a través del suyo, Miguel Ángel creyó ver a unos 5.000 metros de altura una nube gigantesca que cubría un considerable espacio de cielo estrellado.

Pero como a aquella altura no podían existir nubes, el Almirante creyó adivinar de qué se trataba: -¡Un autoplaneta thorbod! ¡Desviémonos hacia un lado… debe estar desembarcando tropas! -gritó. Y arrebatándole la dirección del grupo a la señorita Shmidt se volvió hacia el Este arrastrando consigo a, sus compañeros unidos por la cuerda.

Pero apenas habían ejecutado esta maniobra y cuando creía estar alejándose del autoplaneta thorbod, Miguel Ángel vio deslizarse a un lado una gran mancha oscura.

Miró a su alrededor. ¡Habían ido a meterse por medio de una lluvia de paracaidistas enemigos!

- Maldita sea… -empezó a decir.

Y acto seguido sintió un golpe blando y se encontró enredado en las cuerdas y la tela de uno de los paracaídas. Sintió el tirón de la cuerda que llevaba enganchada a una anilla de la cintura.

La cuerda se rompió y Miguel Ángel se sintió caer hacia tierra. Al mismo tiempo sonaba en sus auriculares la voz del vicealmirante: -¡La cuerda se ha roto!¿Dónde está usted, señorita Schmidt?

En circunstancias normales el "back" podía sostener en el aire el peso de dos personas. Pero el "hombre verde" que colgaba al extremo de aquel paracaídas no era una persona de la naturaleza, forma y talla de un hombre humano, sino un gigante de naturaleza vegetal extraordinariamente robusto y macizo como un roble. -¡A mí! -gritó Miguel Ángel por el micrófono-. ¡Estoy cayendo enredado en un paracaídas! -¡Dios mío! -exclamó la voz de Tarkington-. ¿Dónde está usted, Almirante?

Miguel Ángel comprendió la inutilidad de llamar a sus amigos. Estos no podían verle en la oscuridad.

Trató de alcanzar los mandos del "back", incrustados en el antebrazo izquierdo de su armadura. Pero el peso del "hombre verde" que colgaba de los tirantes apretaba el envoltorio del paracaídas alrededor de su cuerpo impidiéndole todo movimiento.

Sin embargo tenía que alcanzar el regulador de su aparato para tratar de amortiguar la violencia de la caída.

La señorita Schmidt gritó: -¡Señor Aznar!¿Dónde está usted? ¡Hábleme, por Dios!

Y Miguel Ángel contestó mientras forcejeaba: -¡Estoy cayendo hacia tierra… trato de llegar hasta el regulador de mi "back"! -¿No puede encender una luz… disparar su pistola… hacer algo para que yo le vea? -preguntó la muchacha con acento angustiado. -¡Ya lo alcanzo! -gritó Miguel Ángel al palpar el botón regulador.

Apenas lo atrapó lo hizo girar hasta su tope.

Al principió no notó disminución en la velocidad de su caída. Pero esto no le extrañó porque sabía que su "back" no iba a poder frenarle de un tirón. Todo lo más "que cabía esperar era que la velocidad de descenso no aumentara con la aceleración. -¡Excelencia! -gritó el vicealmirante Hidalgo-. ¿No habla usted?

- He dado toda la fuerza antigravitatoria a mi "back" -contestó Miguel Ángel-. Todo lo que podía hacer ya está hecho. Espero poder frenar siquiera sea ligeramente la velocidad de la caída… Pero el porrazo será muy fuerte de todos modos al llegar abajo. Escuche, Hidalgo. Si después que yo llegue al suelo no me oyen hablar durante diez minutos, es que con toda probabilidad habré muerto. No esperen más y váyanse. Hagan saber al Estado Mayor mi deseo de que se luche hasta el último hombre y el último…

No pudo decir más. En este momento se estrelló violentamente contra el suelo. Un millón de pequeñas lucecillas saltaron ante sus ojos. Perdió el sentido.

Volvió en sí sintiendo un terrible dolor en las costillas y la nuca. Su primera sensación fue de asombro al verse con vida. La segunda fue de frío. Tenía la cabeza descubierta y algo húmedo y helado se apoyaba sobre su frente.

Dejó escapar un gemido. La cosa blanda y húmeda que le oprimía la frente se retiró. Un soplo tibió le acarició el rostro y enseguida escuchó una voz que susurraba dulcemente junto a su oído: -¡Chist, silencio! No levante la voz. Estamos rodeados de hombres planta.

Miguel Ángel vio una macha pálida en la oscuridad y creyó reconocer el óvalo del rostro de la señorita Schmidt. -¿Es usted, Otis?

- Sí. -Y una mano oprimió la suya. -¿Dónde estamos?

- Muy cerca del lugar donde cayó usted. Le arrastré hasta esté hoyo como pude, porque su "back" se estropeó con el batacazo y no funciona. Hay aquí una charca. ¿Quiere usted beber?

- No… no. Dígame. ¿Dónde están Tarkington y el vicealmirante Hidalgo?

- También la cuerda que me unía a ellos se rompió cuando usted tropezó con aquel paracaídas. Me encontré separada de ellos. Aunque podíamos hablarnos por la radio no volvimos a reunimos porque temíamos que el enemigo viera nuestras luces de situación si las encendíamos. Luego que dejamos de oírle a usted, decidimos aterrizar para ver de encontrarle. Estuvimos dando vueltas por ahí durante más de dos horas, hasta que Tarkington y el vicealmirante se tropezaron con un hombre planta en la oscuridad y tuvieron que echar mano de sus pistolas para defenderse. Esto está lleno de monstruos, ¿sabe usted?

- Me lo imagino -murmuró Miguel Ángel tratando de incorporarse, aunque sin poder conseguirlo.

- En vista del escándalo que se había armado, Tarkington y el vicealmirante decidieron proseguir la marcha dándole a usted por perdido. Pero yo tenía la esperanza de que usted no hubiera muerto y decidí quedarme para proseguir la búsqueda. No hace mucho rato que le encontré envuelto en el paracaídas. -¿Porqué no se marchó con Tarkington y el vicealmirante? -preguntó Miguel Ángel. -¿No se lo dije? Yo pensé que tal vez no estuviera muerto, sino solamente con el "back" averiado y sin posibilidad, por lo tanto, para elevarse ni contestar a nuestras llamadas por radio.

- No es eso lo que quería decir… pero en fin. Se lo agradezco de todos modos, señorita Schmidt. ¿Dónde está mi "back"?

- Todavía lo lleva puesto en la espalda.

Miguel Ángel comprendió entonces por qué no había podido incorporarse. La caja del "back" estaba hecha de un metal 50.000 veces más pesado que el agua, pero que adquiría propiedades antigravitatorias al ser inducido eléctricamente. Dentro de la caja había una pequeña pila atómica que además de aligerar el peso de la caja impulsaba al aparato en sentido rectilíneo.

La pila debía de haberse estropeado. Y sin energía eléctrica la caja de "dedona" pesaba sus buenos 80 kilogramos.

- A ver si puede quitarme este plomo de la espalda -dijo Miguel Ángel.

La muchacha forcejeó con los pasadores que sujetaban el "back" al dorso de la armadura de diamantina hasta que finalmente consiguió desprenderlo. Miguel Ángel se incorporó con un gran dolor de riñones.

- Parece mentira que no se rompiera usted el espinazo, porque le encontré caído de espaldas -dijo la muchacha.

Miguel Ángel palpó la caja de "dedona". Esta era delgada como cartón y estaba completamente chafada.

- Es inútil tratar de arreglar esto -dijo.

Otis Schmidt se inclinó hacia él. -¡Silencio! -musitó quedamente.

Escuchábase un sordo rumor como de ramas secas azotando el suelo. Una sombra gigantesca se irguió en el borde del agujero donde estaban los terrícolas.

- Un hombre planta -murmuró Miguel Ángel. -¡Chist!

La sombra se quedó un instante al filo del hoyo. Luego, se alejó con el mismo extraño rumor. -¿Está usted loco? -masculló la señorita Schmidt- Estamos rodeados de millares de monstruos. ¿Quiere que nos oigan y nos despedacen?

- Los hombres verdes son sordos como una tapia -aseguró Miguel Ángel poniéndose en pie-. No tienen oídos, ni voz. Para comunicarse entre sí utilizan una especie de telégrafo dándose golpecitos con las antenas que llevan en la cabeza.

El Almirante se asomó por encima del borde de la cárcava y añadió:

- Pero sí tienen ojos. Y nos verán si no salimos pronto de aquí, porque ya está amaneciendo.

Otis Schmidt levantó la cabeza a su vez comprobando que el horizonte empezaba a destacar sobre la difusa claridad del alba.

- Yo puedo arrastrarle con mi "back" -dijo la joven. -¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

- Unas cinco horas.

- Los hombres planta habrán avanzado por lo menos doscientos kilómetros hacia el Sur en ese tiempo, y sus avanzadillas acorazadas deben de encontrarse todavía más lejos. Tenemos que volar sobre ellos y dejarles atrás antes que la luz haya aumentado tanto que puedan vernos. Así que no hay tiempo que perder. Póngase su escafandra. ¿Tiene una cuerda?

La joven le tendió el pedazo que había quedado en su poder al quedar separada del vicealmirante Hidalgo y el brigadier Tarkington. Miguel Ángel la pasó por las dos anillas de su cintura y se encasquetó a su vez la escafandra. -¿Preparada? Pues adelante.

La señorita Schmidt abrió el regulador de su "back" y se elevó dando un tirón a la cuerda. Miguel Ángel se balanceó en el aire, con su escafandra a la altura de los pies de la muchacha. Esta se elevó

hasta los 500 metros y abrió la llave de su reactor, el cual les impulsó hacia adelante a creciente velocidad.

Volaron así por espacio de cinco minutos viendo con alarma cómo aumentaba por instantes la claridad del día. La tierra, a sus pies, se enmascaraba bajo un dilatado y algodonoso mar de niebla. De ésta emergían de vez en cuando como solitarios islotes las cimas de los cerros cubiertas de abetos.

Un sordo rumor llegaba desde el suelo sumido en la niebla. Eran las fuerzas de infantería thorbod, miles y tal vez millones de hombres planta avanzando hacia la antigua frontera de los Estados Unidos a través de los umbrosos y selváticos bosques del viejo Canadá. Poco después entreveían en la lejanía una especie de nube negra que parecía huir ante ellos. Los gritos de aviso que Miguel Ángel dio desde el interior de su escafandra no pudieron ser oídos por la joven que volaba por encima de él. Pero la señorita Schmidt debió comprender que aquella nube negra estaba formada por miles y miles de máquinas robot enemigas, porque dio más energía a su "back" y empezaron a elevarse.

Mientras subían hasta los 2.000 metros el Sol apareció en el horizonte arrancando brillantes chisporroteos de sus vítreas armaduras.

Dos mil metros por debajo de ellos las fuerzas acorazadas de la Bestia avanzaban a razón de cien kilómetros por hora formando una faja de 50 kilómetros de profundidad. Los extremos de este rodillo destructor desaparecían tras el curvado horizonte sin que se adivinara su fin por el Este ni por el Oeste.

El Ejército que veía deslizarse bajo sus pies venía a tener aproximadamente las mismas características del antiguo y ya desechado Ejército Robot Terrícola.

Grandes esferas de "dedona", el mismo metal de que estaban hechos los "backs" o mochilas voladoras, formaban las fuerzas de choque. Aunque conservaban todavía su antiquísimo e inapropiado nombre de "tanques", estas fuerzas acorazadas no conservaban ni el más remoto parecido con las torpes máquinas que originalmente adoptaron este nombre. Estas esferas, sin tripulación humana, dirigidas por el control remoto desde otras esferas huecas más grandes que marchaban en retaguardia, iban armadas de cañones que disparaban granadas atómicas a gran distancia. No se arrastraban ni rodaban por el suelo, sino que flotaban en el espacio y se movían de aquí para allá, subían o bajaban con la ligereza de globos de hidrógeno.

La infantería estaba formada a su vez por millones de máquinas con aspecto de gigantescas y repulsivas cucarachas. Estos bichos mecánicos, aunque construidos también de "dedona", eran artefactos más delicados, de una tremenda complicación.

Solían arrastrarse por el suelo moviendo con sorprendente rapidez sus múltiples patas. Aprovechaban todos los accidentes del terreno para ocultarse, eludiendo los proyectiles del enemigo y haciendo fuego a su vez. Cuando encontraban un obstáculo saltaban ágilmente sobre él. A veces saltaban también hacia atrás o hacia un costado para esquivar los disparos del enemigo.

Un ejército así era el que ahora veía Miguel Ángel bajo sus plantas. Y de ello se congratulaba, porque comparado con el moderno Ejército Robot Terrícola, el Thorbod resultaba completamente anticuado.

Pronto se sabría si además de anticuado era inferior al terrícola.

La vanguardia del enemigo quedó rápidamente atrás y la señorita Schmidt volvió a descender hacia tierra. La niebla, al disiparse, iba dejando ver los grandes bosques, los ríos y los pequeños lagos tan numerosos en esta región.

Al cabo de un buen rato Otis Schmidt tiró de la cuerda para atraer la atención de Miguel Ángel y le señaló unos pequeños objetos que venían flotando sobre las copas de los árboles.

Miguel Ángel sintió latir con más fuerza su corazón. En aquellos objetos acababa de reconocer las pequeñas esferas de un metro de diámetro que constituían los ojos y los oídos del moderno Ejército Robot Terrícola.

Estas esferas, pintadas de un color verde oscuro que les hacía difícil distinguir de los bosques que sobrevolaban, venían a ser como los antiguos exploradores destacados de las columnas que en la infancia de la civilización atravesaron esta misma región luchando contra los pieles roja.

Poco después de haber dejado atrás las esferas-vigía, la señorita Schmidt señalaba a Miguel Ángel unos discos volantes que venían lentamente en su dirección.

Estos discos, de seis metros de grosor por unos 50 de diámetro, no eran muy numerosos pero estaban esparcidos a intervalos regulares formando una línea que cubría todo el horizonte de oriente a occidente.

Miguel Ángel hizo señas a la señorita Schmidt para que se dirigiera hacia uno de aquella especie de grandes tortas volantes. Empezaron a descender.

Al llegar encima de uno de aquellos discos, Otis Schmidt dio la vuelta y ajustó su velocidad a la de la máquina. Luego fue quitando energía a su back" hasta que, los pies de Miguel Ángel Aznar se afianzaron en la metálica plataforma.

Apenas acababa de hacerlo cuando se levantó una robusta escotilla y apareció la cabeza de un hombre seguida del cañón de una pistola ametralladora. -¡Eh! -gritó aquel hombre-. ¡Fuera de aquí! ¡No admitimos pasajeros!

- Necesito hablar con el comandante de esta máquina -aseguró Miguel Ángel despojándose de la molesta escafandra azul. -¿Para qué? No podemos perder tiempo en… ¡Oiga! -exclamó el hombre de la máquina estirando el cuello por el agujero-. Su cara me es conocida. ¡Me parece que yo le he visto en alguna otra parte!

- Es posible. Me llamo Miguel Ángel Aznar.

Las facciones de Miguel Ángel Aznar, mil veces proyectadas en las pantallas de televisión de todo el mundo, eran harto familiares para todos los habitantes de los Planetas Federados.

Breves minutos más tarde, Miguel Ángel y la señorita Otis Schmidt se encontraban en el interior del disco-volador viendo ante sí el sorprendido rostro de un joven coronel que les saludaba en rígida posición de firmes. -¿Quién manda esta División? -le preguntó Miguel Ángel haciendo seña para que depusiera su envarada actitud.

- El General de División, don Javier Aznar. Excelencia.

- Díganle a don Javier que estoy aquí y necesito hablar con él.

La orden fue ejecutada al instante. Un minuto más tarde, Miguel Ángel contestaba gravemente al saludo que el General don Javier Aznar le hacía desde una pantalla de televisión.

El Almirante relató concisamente sus aventuras y agregó:

- Pero eso carece de interés ahora, General. A ser posible quisiera que me diera usted una idea general del actual estado de cosas.

El general lamentó no poder ofrecer al Almirante una perfecta visión en conjunto del desarrollo de los acontecimientos. Apenas habían transcurrido diez horas desde que se produjera el ataque de la Bestia Gris.

El había estado muy ocupado alistando su División y los datos que poseía eran muy confusos.

Sabía, eso sí, que el Estado Mayor General estaba tratando de poner orden en la confusión reinante recopilando los datos que le iban llegando desde diversos puntos de la Tierra.

- Y de Marte y Venus, se sabe algo? -preguntó Miguel Ángel.

Menos todavía. El general don Javier Aznar ignoraba cuál era la situación de aquellos planetas, sí bien se sentía tranquilo respecto de la suerte de Venus. De los tres planetas federados éste era quien se encontraba en mejor situación de defenderse, porque allí estaba la División Sideral Venusina formada por tres millones de magníficos buques, lista para salir a hacer frente al invasor. En cuanto a Marte, más pequeño y con un Ejército más reducido, no cabía esperar que hubiera corrido mejor suerte que la misma Tierra.

En esta última los destrozos eran enormes y las víctimas incalculables. Según las últimas noticias recibidas directamente de Washington, los autoplanetas thorbod habían desembarcado y estaban desembarcando todavía grandes contingentes de tropas robot y

"hombres planta" en Canadá, Noruega, Siberia, Australia, la India, Sudáfrica y Argentina.

- Yo no me atrevería a asegurarlo -dijo el general-. Pero cualquiera diría que los thorbod se proponen avanzar hacia las superpobladas zonas comprendidas entre el Trópico de Cáncer y el Trópico de Capricornio, estrujándose entre dos rodillos que en breve empezarán a avanzar desde el Norte y el Sur.

- Puede que su idea no esté muy lejos de la realidad -contestó Miguel Ángel- La Bestia suele ser muy metódica en todas sus cosas: Si lo que se propone es no dejar un solo ser humano sobre la faz de la Tierra, nada mejor que formar sus fuerzas en dos frentes compactos para arrollar sistemáticamente cuanto les vaya saliendo al paso, subiendo del Sur y bajando del Norte para cerrar los extremos de su cepo en el Ecuador.

- Pues bueno -dijo don Javier haciendo una mueca-. Se van a encontrar con la horma de su zapato, porque nuestras fuerzas están concentradas precisamente a todo lo largo de los paralelos cincuenta Norte y cincuenta Sur.

Esto era cierto y Miguel Ángel se felicitaba de haberlo dispuesto así al prever que si la Bestia atacaba algún día efectuarla sus desembarcos en las zonas más inhóspitas y desiertas del planeta, tales como Canadá, Siberia y la Patagonia.

Mientras el Almirante Mayor y el General conversaban, las fuerzas de invasión y el Ejército Terrícola habían ido acortando la distancia que les separaba. El diálogo entre los dos hombres fue interrumpido por la estruendosa explosión de un proyectil atómico lanzado por los Hombres Grises contra los discos volantes de las fuerzas terrícolas.

- Continuaremos hablando más tarde, don Javier -dijo Miguel Ángel-. Cree que ahora debe ocuparse usted de dirigir la batalla. Por mi parte voy a tratar de comunicar con Washington para inquirir noticias y pedir que envíen una aeronave en mi busca. Le deseo mucha suerte.

Un largo trueno de explosiones atómicas se dejó oír, atenuado por las sólidas paredes del disco volador.

Este fue violentamente zarandeado por el ciclón que las deflagraciones desencadenaron acto seguido.

- Será mejor que se siente Su Excelencia y se amarre a un sillón -apuntó el coronel Bríos, comandante del disco.

Mientras Miguel Ángel y la señorita Schmidt seguían el consejo del coronel, yendo a ocupar dos sillones que se veían ante una pantalla de televisión, la batalla daba comienzo allá afuera con la explosión simultánea y terrible de más de diez mil proyectiles atómicos. -¡Ancla! -gritó el coronel Bríos.

Y el disco volador, que sólo se encontraba a unos diez metros del

suelo, descendió bruscamente hasta que se escuchó por debajo de él un seco crujido. -¿Qué ocurre? -preguntó la señorita Schmidt alarmada.

Y Miguel Ángel contestó:

- El piloto acaba de quitarle la energía eléctrica a nuestro disco. Ya sabrá usted que está hecho de "dedona" y que este metal es cincuenta mil veces más pesado que el agua. En realidad, pesamos ahora tantos miles de toneladas que ninguna bomba atómica sería capaz de zarandearnos, a menos que estallará precisamente debajo de nosotros. Y eso va a ser difícil, porque con nuestro tremendo peso debemos haber abierto un agujero de varios metros de profundidad y estamos por así decirlo, enterrados. -¿Entonces, no corremos peligro? -interrogó la joven.

Y Miguel Ángel exclamó riendo: -¡Oh, claro que lo corremos! En este momento puede haber un proyectil dirigido del enemigo descendiendo en picado sobre nosotros. Si nos pillara dentro de este agujero nos haría daño. Pero no se preocupe; ese proyectil no nos alcanzará. Antes de llegar aquí encontrará decenas de miles de objetos metálicos que acaparen la atención de su cerebro electrónico.

En este momento se iluminó la pantalla que Miguel Ángel y la señorita Schmidt tenían enfrenté. Y una dantesca visión se ofreció a sus ojos. Centenares de millas cuadradas de bosques ardían a la vez bajo el horrendo calor irradiado por las explosiones atómicas. La tierra se abría en gigantescos cráteres vomitando llamas y humo. En toda la línea del horizonte chisporroteaban deslumbradoras y continuas las deflagraciones termonucleares. El espacio, a través de las llamas, del humo y del polvo, se veía lleno de miríadas de pequeñas luces verde-azuladas.

Eran proyectiles dirigidos que, salidos de las bocas de los cañones en forma y tamaño de granadas corrientes, se hinchaban en el aire para crecer prodigiosamente de tamaño y partir como exhalaciones en busca del enemigo.

Estas nubes de proyectiles acababan de salir del bosque incendiado por las bombas thorbod. Porque allí, indiferentes a las llamas que les rodeaban, cayendo y levantándose, avanzaban lenta e inexorablemente los hombres autómatas del moderno Ejército Robot de Miguel Ángel Aznar.

Vistos a través de la pantalla, desde varios metros de altura, estos seres monstruosos parecían grotescos monigotes hijos de una imaginación calenturienta. Sin embargo, Miguel Ángel Aznar los señaló con orgullo. -¡Mírelos! Esos son los soldados que tan caros han costado a la nación.

- No parecen muy eficientes. No hacen más que caerse -señaló la señorita Schmidt.

Y Miguel Ángel contestó:

- Son las máquinas más eficientes del mundo, lo que más se aproxima en inteligencia y en aptitudes a la criatura humana. ¡Claro que se caen! Ningún ser humano que hubiera sobrevivido a la deflagración de las bombas, a las radiaciones gamma y al fuego, podría mantenerse en pie en medio de los encontrados huracanes que azotan ese campo de batalla. Pero nuestra Infantería Robot se levanta una y otra vez y sigue avanzando y combatiendo a pesar del fuego, de las radiaciones mortales y los vientos producidos por las explosiones atómicas.

Esto era absolutamente cierto. Los autómatas seguían moviéndose a través de aquel infierno. Nada había capaz de afectarles, excepto el impacto directo de una granada atómica. Y entonces no eran simples granadas, sino gigantescos proyectiles dirigidos los que estaban cayendo sobre ellos.

Precisamente cuando estaban mirando uno de estos proyectiles de 6 metros de largo cayó a los pies de un hombre autómata. La máquina desapareció en el deslumbrante globo nuclear que formó la deflagración del proyectil. Cuando la luz se extinguió al cabo de un segundo y los ojos deslumbrados de los espectadores volvieron a ver el suelo, un enorme embudo se abría allí donde antes estaba el hombre autómata, el cual había desaparecido sin dejar rastro.

- Las bombas enemigas nos están aniquilando a los autómatas -dijo la señorita Schmidt.

Miguel Ángel sonrió irónicamente. Y dijo:

- No se preocupe. Tenemos un millón de autómatas en esta División y otro millón en cada una de las mil divisiones que forman el Cuerpo de Ejército Terrícola. El enemigo tendrá que disparar mil millones de proyectiles y hacer blanco con todos ellos para aniquilar por completo nuestras fuerzas de Infantería aquí en la Tierra, otros tantos para borrar de la faz de Venus el Ejército que guarnece aquel planeta y trescientos millones para hacer lo mismo con la División Marciana.

- Bueno -dijo la señorita Schmidt- La Bestia puede haber traído esos proyectiles convenientemente reducidos de tamaño a bordo de sus autoplanetas.

- Sin duda ha traído más -contestó Miguel Ángel-. Pero el hecho de poseerlos no significa forzosamente que cada uno de esos proyectiles vaya a destrozar a uno de nuestros soldados autómatas. ¿O cree usted que nosotros disparamos chinas?

La imagen de la pantalla fue sustituida en esté momento por una vista panorámica que parecía estar tomada desde una esfera-vigía que volaba más adelantada y a mayor altura que la anterior.

Según se veía en la pantalla, dos densas nubes de bombas voladoras chocaban en este instante en el cielo con todo el ímpetu arrollador de

los explosivos atómicos que cada artefacto, conducido hacia el blanco por un cerebro electrónico, llevaba en sus entrañas.

No había oído ni ojo humano capaz de resistir el estruendo ni el enceguecedor brillo de aquellos miles de bombas estallando en prolongada, continua y aterradora llamarada. Ardía el aire y temblaba convulsamente la costra del planeta como sacudida por un terremoto.

Incluso dentro del disco volante, adonde el estruendo de las explosiones llegaba considerablemente atenuado por el espesor de las paredes y el hermético cierre de las escotillas, los tripulantes tenían que gritar para hacerse oír unos de otros.

En medio de este avasallador ruido se escuchaba la voz de un radiotelegrafista que llamaba a Washington: -¡Alló, Cuartel General! ¡Alló, Cuartel General! ¡El Almirante Mayor está con nosotros y pide un aerobote para trasladarse ahí!¿Me oyen? ¡Su Excelencia el Almirante Mayor está aquí y…!

Miguel Ángel Aznar hizo señas a la señorita Schmidt para que volviera su sillón giratorio hacia una gran pantalla de radar que se levantaba en el centro del disco desde el piso al techo.

En el negro cristal de la pantalla, que estaba dividido por varias circunferencias concéntricas que iban de menor a mayor a partir del centro, se veían miríadas de pequeños puntos fluorescentes que la cruzaban en tres líneas sucesivas, semejantes a otras tantas Vías Lácteas henchidas de estrellas.

El coronel Bríos, que se encontraba de píe ante la pantalla, se creyó en el deber de explicar a la joven lo que aquellas brillantes líneas de puntos significaban:

- Está faja brillante que cruza la pantalla por su parte media son nuestras fuerzas de Infantería. ¿Ve estos puntitos más grandes y brillantes? Son nuestros discos voladores. Los otros, desparramados desde el centro Cero al círculo Uno, son nuestros soldados robot.

- Hay cien kilómetros de distancia desde la posición Cero, que es el centro, hasta la primera circunferencia concéntrica -aclaró, a su vez, Miguel Ángel Aznar.

- Ésa segunda línea de puntos que usted ve cuatro circunferencias más arriba es el enemigo -señaló Bríos.

Y la señorita Schmidt preguntó: -¿Y eso que parece una nebulosa en medio de las dos líneas, con millares y millares de puntitos que se encienden y apagan… qué es?

- Esas son nuestras bombas dirigidas y las del enemigo encontrándose, aproximadamente, a mitad camino y embistiéndose unas a otras -dijo Miguel Ángel.

- Parece que nuestras fuerzas están muy igualadas -observó la joven. -No lo crea usted, señorita -dijo el coronel-. Observe atentamente y verá cómo lo que usted llamó acertadamente una

"nebulosa" se va desplazando lentamente hacia el Norte. Eso significa que las bombas dirigidas disparadas por nuestra infantería llegan al, campo de batalla en mayor número que las del enemigo, provocan la explosión de las que están en primera línea y van luchando palmo a palmo contra las que siguen llegando desde segunda, tercera y cuarta líneas. Si mantenemos nuestro volumen de fuego durante media hora más, nuestro alud de proyectiles arrollará la barrera de bombas enemigas y alcanzará a la vanguardia de máquinas robot. -¿Y por qué no dispara más aprisa el enemigo? -preguntó Otis Schmidt.

A lo que el coronel contestó riendo: -¡Oh, el enemigo ya está disparando todo lo aprisa que puede! Pero sus cañones están en inferioridad numérica frente a los nuestros. Tenemos nosotros más soldados autómatas disparando proyectiles dirigidos contra la Bestia, que la Bestia cañones de "tanques" y cucarachas robot disparando contra nosotros. El thorbod ha venido preparado para hacer una guerra que quedó anticuada cuando fue posible "comprimir" grandes bombas voladoras de seis o siete metros al tamaño de simples proyectiles de carabina. Hace treinta y tres años que nosotros nos preguntamos: ¿Para qué vamos a fabricar grandes tarántulas robot y tanques colosales, si hasta un niño puede hacerles frente con un rifle cargado con proyectiles dirigidos enanos?

- Y vea cómo estuvimos acertados -añadió Miguel Ángel-. Los superpesados tanques y las aparatosas "cucarachas" robot de la Bestia no gozan de ninguna ventaja apreciable frente a nuestros ágiles soldados autómatas. Los proyectiles dirigidos de gran tamaño que disparan unos y otros son igualmente fatales para quien los recibe. Pero mientras que la Bestia tiene sólo unos miles de tanques y máquinas robot, nosotros tenemos un millón de soldados que son más baratos que una máquina acorazada y más fácil de sustituir.

- Sí -apoyó el coronel Bríos-. Podemos permitirnos el lujo de perder varias decenas de miles de soldados autómatas. Pero la Bestia habrá perdido, por lo menos, tantas máquinas robot en el mismo tiempo.

Y cuando las haya perdido todas todavía nos quedarán a nosotros muchas divisiones de infantería autómata para darle el golpe de gracia. -¡Pero la Bestia tiene también su Infantería de millones de hombres planta! -exclamó Otis Schmidt.

- No serán tantos millones como usted cree -aseguró Miguel Ángel sonriendo-. Un hombre planta no puede comprimirse y llevarse en un cajón con otro millar de compañeros, como las máquinas metálicas. Los autoplanetas thorbod tienen una capacidad limitada y el número de esos monstruos que hayan traído en ellos ha de ser forzosamente reducido. Por lo demás, un hombre planta es tan mortal como un hombre humano cuando encaja una granada atómica en pleno cuerpo. Y también es vulnerable frente al fuego y ciertos gases corrosivos,

todo lo cual puede soportar nuestra Infantería hecha de "dedona".

- Pero bueno -masculló la señorita Schmidt- Si nuestros soldados autómatas disparan proyectiles gigantescos con sus pequeños fusiles ametralladoras, también pueden hacerlo los hombres planta. ¿No es cierto?

- Sin duda -contestó Miguel Ángel-. Sólo que los hombres planta no han venido preparados para hacerlo. -¿Cree usted que la Bestia Gris no descubrió también tiempo atrás que era superfluo fabricar grandes máquinas de guerra que podían ser aniquiladas por un sólo hombre armado de un simple rifle?

- Desde luego, le sobra inteligencia para ello. ¿Pero quiere usted que le diga lo que pienso? La Bestia Gris no tuvo tiempo para renovar todo su Ejército, tal y como nosotros hicimos… contra la voluntad del pueblo terrícola, por cierto.

Otis Schmidt hizo una mueca de disgusto, como si le molestara que le recordaran el tremendo error en que ella y setenta mil millones de seres humanos habían caído. Y Miguel Ángel prosiguió diciendo:

- La primera noticia de que era posible reducir los espacios vacíos existentes entre los átomos constitutivos de la materia, la obtuvo la Bestia en Nahum al luchar contra las Fuerzas Bagoahbitas que yo mandaba por aquel entonces. La Bestia, batida por los nahumitas, hubo de retirarse maltrecha a sus planetas de origen. Todo un largo año tuvo de navegar por el espacio a velocidades astronómicas para alcanzar su patria y dar cuenta allá de lo que había visto en Nahum. Pero mientras los thorbod iban a Nahum, luchaban contra los nahumitas y regresaban a sus planetas patrios, en éstos habían transcurrido cien años terrícolas.

Miguel Ángel Aznar se interrumpió un momento para sonreír a la pantalla de radar, en donde la fantástica "nebulosa" formada por millares y millares de proyectiles proseguía acercándose a las líneas de vanguardia enemigas. Luego prosiguió:

- Personalmente siempre he opinado que si la Bestia atacó a Nahum fue para liquidar a este enemigo antes de lanzar su principal y definitivo ataque contra nuestros planetas terrícolas. Por lo tanto cuando los maltrechos supervivientes llegaron a los planetas y dieron cuenta de la derrota sufrida en Nahum, los que se habían quedado en casa deberían estar preparados para salir en dirección a la Tierra. Pero la expedición debió ser suspendida tan pronto como los que regresaban de Nahum contaron lo que allá habían visto.

Miguel Ángel Aznar volvió a interrumpirse para lanzar otra mirada a la pantalla de radar y añadió:

- Los thorbod comprendieron que si era posible reducir de tamaño las máquinas metálicas, la ortodoxa concepción de la guerra entonces existente sufriría un cambio revolucionario. No podían emprender su

proyectada expedición a la Tierra con un ejército que había quedado anticuado en un momento y se dedicaron en cuerpo y alma a descubrir el proceso según el cual era posible "comprimir" una esfera de "dedona" de veinte metros de diámetro al tamaño de una pelota de golf y metérsela en un bolsillo.

- La Bestia Gris es tremendamente inteligente -apuntó la señorita Schmidt-. Supongo que no emplearía mucho tiempo en descubrir el secreto de ustedes.

- Pues mire, parece que le costó bastante -repuso Miguel Ángel Aznar-. Por lo menos, veinte o veinticinco años. -¿Lo supone?

- Lo sé. Si hubiera descubierto en seguida nuestro secreto se habría dedicado a renovar todas sus Fuerzas Armadas, tal y como nosotros hicimos aquí en la Tierra. Pero a la Bestia le costó tanto tiempo llegar al intríngulis de la cuestión, que para cuando resolvió el problema había perdido muchísimo tiempo. Y a los hombres grises les constaba que yo me encontraba entre los bagoahbitas, que había regresado al Reino del Sol y que aquí estaríamos modernizando nuestro Ejército a marchas forzadas. La Bestia calculó entonces que si esperaba modernizar su Ejército llegaría sobre la Tierra demasiado tarde para derrotar a la Humanidad. Los hombres grises tenían acumuladas las fuerzas de ataque construidas al precio de largos siglos de sacrificios, incluido el siglo que su expedición tardó en ir y volver de Nahum. Echar abajo esta ingente labor para volverla a hacer les hubiera llevado demasiado tiempo... Así que decidieron reducir de tamaño todas las enormes montañas de proyectiles que podían llevar consigo, redujeron también su Ejército para dejar más espacio libre a los hombres planta y se embarcaron rumbo a la Tierra. Confiaban tal vez en que aquí hubiéramos perdido lamentablemente el tiempo en discusiones sobre si debíamos o no reformar nuestro Ejército... y no andaban muy descaminados.

Miguel Ángel sonrió a la señorita Schmidt y ésta se sonrojó de vergüenza, sin duda recordando la parte tan importante que ella misma había tomado en la destrucción de la Armada Sideral.

Un sargento telegrafista se acercó al Almirante Mayor.

- Washington ha contestado, Excelencia -anunció- Un aerobote le recogerá a usted sobre la orilla meridional del lago Manitoba, alrededor del mediodía.

- Un disco volante no es un aparato muy veloz -apuntó el coronel Bríos-. Si hemos de llevarle al lago Manitoba deberemos ponernos en camino en seguida.

Miguel Ángel miró hacia la pantalla de radar. Allí la nebulosa atómica se desplazaba lenta y seguramente hacia el Norte, acercándose más y más a las fuerzas acorazadas de la Bestia Gris. Unos minutos más tarde, la pugna se decidía a favor de los proyectiles

atómicos terrícolas. La barrera de bombas voladoras fue arrollada y los cohetes empezaron a caer con estruendo sobre los "tanques" y las grotescas cucarachas del Ejército Robot invasor.

- Podemos marcharnos -dijo Miguel Ángel al coronel Bríos:

Bríos entregó el mando de su regimiento a un teniente coronel que tripulaba un disco volante próximo y dio orden de zarpar. Alrededor del mediodía, sobre una solitaria playa del lago Manitoba, el Almirante Mayor de las Fuerzas Armadas Terrícolas y la señorita Otis Schmidt trasbordaban a un aerobote artillado que inmediatamente partió en dirección al Sur.

En este mismo instante, avanzando a través de los destrozados restos de las que habla sido fuerzas acorazadas thorbod, la Infantería Robot Terrícola lanzaba una lluvia de proyectiles atómicos contra la muchedumbre de hombres planta que retrocedía sin dejar de combatir. La primera gran batalla había sido ganada por el Ejército de Miguel Ángel Aznar.

CAPITULO IV

Desde los Grandes Lagos hasta Washington, un desolado panorama se ofrecía a los ojos de los viajeros.

Las espléndidas ciudades de cristal, construidas sobre la superficie del planeta por una nación que detestando las guerras, creía haber alejado el peligro de que las hubiera, estaban completamente arrasadas.

Bosques inmensos ardían todavía o estaban reducidos a enormes extensiones de negros y humeantes tizones. El Sol se enmascaraba tras la neblina de muerte formada por las nubes radioactivas que furiosos ciclones deshacían y arrasaban para contaminar también lejanas regiones del Globo terráqueo.

Ni una brizna de hierba se agitaba al viento. Ni un ave surcaba el cielo entenebrecido. Ni un hombre ni una bestezuela se movían sobre la tierra torturada, agrietada, abrasada…

Era un espectáculo que sobrecogía el ánimo.

Dos altivos y gallardos almirantes de la Armada Sideral habían ido personalmente en busca de Miguel Ángel Aznar. El personal de la Armada, sin buques que tripular, estaba franco de servicio. La señorita Otis Schmidt hubo de escuchar cosas muy duras de aquellos enfurecidos almirantes, los cuales todo era deshacerse en lamentaciones por la entrega voluntaria de los dos tercios de la Armada al rencor del pueblo.

- Procuren olvidarlo -les dijo Miguel Ángel-. Si el pueblo terrícola se equivocó, él es, al fin y al cabo, quien está pagando su error al más alto precio que podía exigírseles. Ninguno de nuestros reproches será

tan amargo como el que él mismo se haga. Háblenme de la Flota Thorbod. ¿Se sabe ya a cuánto ascienden sus efectivos?

- A ojo de buen cubeto, utilizando los telescopios emplazados en tierra firme, calculamos que hay unos cuatro millones de buques siderales operando en torno a la Tierra. Las comunicaciones entre la Tierra y Marte han sido interferidas por la Bestia, pero calculamos que hay allá, por lo menos, otros dos millones de navíos de línea. -¿Pues cuántos autoplanetas ha traído la Bestia? -preguntó Miguel Ángel sorprendido ante aquellas cifras.

- Aproximadamente, un millar. Son algo más grandes que los que vimos operar en Nahum, pero del mismo modelo. Un centenar de autoplanetas en forma de pirámides hexagonales de cincuenta kilómetros de altura se reúnen, juntando lado con lado, para formar una esfera de cien kilómetros de diámetro.

- Cien mil autoplanetas son muchos autoplanetas -murmuró Miguel Ángel-. Pero de todas formas, insuficientes para transportar a la vez seis millones de aeronaves y Dios sabe cuántos millones de hombres planta. Seguramente los thorbod resolvieron el problema reduciendo también de tamaño sus buques de combate.

- Hemos visto de cerca esos buques cuando se acercaron para bombardear nuestras ciudades -dijo uno de los almirantes-. Son todos de modelo antiguo. Cada uno de nuestros modernos acorazados vale, por lo menos, como dos de esos navíos thorbod.

- Si fuera así y la cifra de seis millones de buques resultara exacta, nuestras fuerzas estarían igualadas.

Tenemos en Venus tres millones de modernos acorazados-torpederos -dijo Miguel Ángel con pupilas relampagueantes de ilusión.

Y el segundo almirante exclamó: -¿A santo de qué iban a poner su planta en nuestros planetas los thorbod si hubiéramos conservado nuestros nueve millones de buques? El Reino del Sol habría sido la tumba definitiva de la Bestia Gris. Así...

- No tenemos razón para quejarnos -dijo Miguel Ángel-. La Providencia no nos ha abandonado tampoco esta vez. Dios ha querido, tal vez, castigar la pereza de la nación terrícola, pero nos deja una puerta abierta a la esperanza. Peor hubiera sido que la Bestia llegara con un mes de retraso, porque entonces no sólo la totalidad de la Armada, sino buena parte del Ejército habrían sido destruidos.

Los almirantes convinieron en que esto era cierto y cesaron de lamentarse.

Poco después el aerobote llegaba a la vista de Washington. La ciudad, bombardeada al amanecer, era un informe montón de cristales rotos. -¿Es que no funcionaron las defensas antiaéreas? -preguntó Miguel Ángel.

A lo que los almirantes contestaron:

- Las defensas antiaéreas fueron destruidas por el populacho el mismo día que el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas hizo pública su decisión de someterse al desarme. Y menos mal que no pudieron demoler también los refugios antiatómicos, porque ahora les han venido muy anchos para esconderse en ellos.

El aerobote se deslizaba a ras de tierra, guiado por un haz de radar hacia una de las bocas de entrada a la ciudad subterránea. Miguel Ángel volvióse hacia la señorita Schmidt. -¿Está dispuesta para volver al lago Belot en busca de sus hombres y mi madre? -le preguntó.

Ella asintió con un silencioso movimiento de cabeza y miró a los dos jóvenes almirantes que dos horas atrás se habían ofrecido voluntarios para tripular el aerobote que debía ir al Norte para evacuara la señora Aznar.

El aerobote entró en un largo tubo subterráneo. Al salir de él se encontraba en una espaciosa plaza subterránea. Allí esperaban a Miguel Ángel Aznar los generales y almirantes del Estado Mayor.

La señorita Schmidt hizo un ademán negativo cuando el Almirante Mayor le invitó a apearse con un gesto.

- Eso es demasiado fuerte para mí -dijo señalando el grupo de emperifollados almirantes y generales-. A ser posible prefiero emprender el regreso al lago Belot ahora mismo.

- Como usted quiera -dijo Miguel Ángel. Y le tendió la mano.

Ella miró sorprendida aquella mano, sin atreverse a tocarla. -¿Todavía me detesta usted? -preguntó Miguel Ángel.

Los bellos ojos de la señorita Schmidt se agrandaron con expresión de sorpresa y reproche. La portezuela del aerobote se abría en estos instantes y un grupo de almirantes y generales, a la cabeza del cual iba José Luis Balmer, se precipitó en la nave para rodear a Miguel Ángel entre saludos y exclamaciones de alegría.

Cuando el Almirante Mayor volvió a ver a la señorita Schmidt por entre las cabezas de sus amigos y colaboradores, ella se había retirado hacia el fondo de la cabina. Antes de saltar a tierra Miguel Ángel la saludó con un ademán que no obtuvo respuesta.

Poco después, a bordo de un automóvil eléctrico que rodaba silenciosamente por un túnel hacia la vieja ciudad subterránea, Miguel Ángel Aznar charlaba animadamente con su cuñado, el general José Luis Balmer. -¿Cómo terminó la batalla de Saskatchewan? -lé preguntó.

- Bien. Allí arrollamos a las fuerzas acorazadas thorbod y aniquilamos dos divisiones de hombres planta.

Sin embargo, entre las Montañas Rocosas y Vancouver, el enemigo aplastó a dos de nuestras brigadas y prosiguió su avance hacia el Sur penetrando en el antiguo estado de Washington y poniendo cerco a Seattle.

- No pareces muy animoso -murmuró Miguel Ángel espiando la expresión preocupada del rostro de su cuñado.

- El enemigo ha conquistado también la India y Birmanía y avanza ahora por el antigüo territorio de Siam hacia la China. -¿Quieres decir que nuestro moderno Ejército Robot está en inferioridad frente al Ejército de la Bestia? -interrogó Miguel Ángel frunciendo el ceño.

José Luis Balmer se apresuró a contestar: -¡No, claro que no! Allí donde nuestras divisiones tuvieron tiempo de organizarse como en Sakatchewan, Siberia y Patagonia, resistieron bien y aún hacemos retroceder a la Bestia. Pero no tenemos Armada. Nuestros transportes de tropa están clavados en tierra, mientras que los del enemigo pueden moverse a su capricho y trasladar tropas allá donde hagan falta.

Y media hora más tarde, ante el Estado Mayor General reunido en la antigua residencia del Gobernador de la vieja ciudad subterránea, después de leer algunos telegramas acumulados sobre su mesa, el general Balmer informó:

- Las fuerzas enemigas desembarcaron en el Norte de Europa, arrollaron a nuestro Ejército en los alrededores de Moscú y avanzan rápidamente hacia la antigua frontera de Polonia. Varios millares de "platillos volantes" le dan cobertura aérea.

- Luego los Hombres Grises continúan utilizando sus viejos "platillos" -exclamó uno de los generales más jóvenes.

Un almirante contestó:

- Esos platillos siempre fueron unos aparatos asquerosamente buenos. ¡Ojalá tuviéramos nosotros!

- Pero no los tenemos -dijo un viejo general de la generación de Miguel Ángel y José Luis-. Y en su defecto debemos hacer venir a la Armada Venusina. Es proverbial que ningún planeta puede resistir sin una Fuerza Aérea de apoyo.

Todos los generales se volvieron hacia el Almirante Mayor, como esperando que éste dijera algo.

Miguel Ángel se puso lentamente en pie.

- Tenemos que volver ese proverbio del revés y demostrar que un planeta puede resistir sin Fuerza Aérea. Sería un suicidio sacar nuestra Armada de Venus, al menos hasta que no sepamos con más exactitud la cuantía de los efectivos siderales thorbod. Además, si retiramos nuestras fuerzas aéreas de Venus la Bestia efectuará desembarcos allí también. -¿Y qué? -gritó un general- Cuanto más divida sus fuerzas mejor podremos batirle en todos los frentes.

- Sí -contestó Miguel Ángel-. Pero nuestra Armada no puede estar en todas partes a la vez. Y puesto que sólo puede guarnecer un planeta mejor será que siga en Venus que todavía tiene sus ciudades intactas. -¿Y dejar la Tierra y Marte en sus manos?

- La Bestia conquistará quizás la Tierra, pero aquí se quedará enterrada -aseguró Miguel Ángel-.

Tenemos un Ejército de mil millones de hombres robot y tantos pertrechos y municiones como, hagan falta para resistir un largo asedio. Esta es mi idea. Podemos destrozarle tantas máquinas, causarle tantas bajas entre su Infantería vegetal, hacerle gastar tantos proyectiles antes de aplastarnos, que cuando el Hombre Gris se yerga triunfal y jadeante sobre la Tierra su Ejército habrá dejado de existir. Este será el momento propicio para que nuestras divisiones venusinas sé lancen a la ofensiva. Tal vez la Bestia nos derrote en esa batalla y se quede dueña del espacio, pero el Ejército Robot desembarcará en la Tierra y Marte. Y la Bestia no podrá echarnos de aquí, porque si es proverbial que un planeta no puede resistir sin apoyo aéreo, no es menos cierto que una Flota no podrá ocupar jamás un mundo por sí sola.

Los generales se consultaron unos a otros con la mirada.

- Yo creo -dijo José Luis Balmer de malagana-que la táctica que preconiza Miguel Ángel es la única que podemos seguir tal y como están las cosas. Vale más una victoria a largo plazo que jugarnos el destino de la Humanidad a cara o cruz en una batalla sideral inmediata.

- Pero si el enemigo se quedara dominando el espacio y nosotros la tierra firme… ¡la partida quedaría en tablas! -exclamó un general.

- Miguel Ángel contestó:

- La Bestia tendría entonces que intentar el absurdo de rehacer su Ejército en Urano o en las lunas de Júpiter y Saturno. Y digo absurdo porque aunque haya traído consigo el material necesario para montar una industria de guerra, nosotros le ganaremos fácilmente esa carrera de armamentos. Nunca podrán superar nuestra potencia industrial ya establecida en Venus, sin contar la que reconstruyamos en la Tierra y Marte.

La nación terrícola trabajará ahora de firme sabiendo lo que le va en ello.

- Además -apuntó un general en apoyo de Miguel Ángel-. Eso de que la Armada Thorbod quedará dominando el espacio es un decir. Bien podría ser que le ganáramos nosotros. Si el enemigo apoya a su Ejército con Fuerzas Aéreas se expone inevitablemente a sufrir serias pérdidas en platillos volantes, en buques de línea y quizás hasta en autoplanetas de desembarco. Todos los aparatos que les derribemos aquí y en Marte contarán de menos para el encuentro sideral definitivo.

- Sí, eso es cierto -dijeron algunas voces entusiastas.

- Bueno -dijo José Luis Balmer sonriendo socarronamente ante la expresión animosa del rostro de sus colegas-. Como de costumbre, el

Estado Mayor aprueba por unanimidad cualquier idea salida del magín de mi ilustre cuñado. Me pregunto qué pasará el día que este muchacho se equivoque -añadió haciendo una mueca.

El Estado Mayor General, naturalmente, no podía tomar en consideración el mordaz comentario del general Balmer. Porque además de estar pronunciadas en son de broma, el prestigio del Almirante Mayor volvía a brillar como estrella de primera magnitud al demostrarse lo acertado que estuvo al prever el ataque de la Bestia veintiocho años atrás.

En cuanto a la nación terrícola, que tanto le había despreciado y combatido, el golpe aplicado contra su cerrado criterio era todavía demasiado reciente para que pudiera reponerse de su sorpresa en unas pocas horas. Pero días más tarde, cuando la garra de la Bestia Gris amenazara estrangular a la Humanidad entera, este pueblo ingrato sacudiría su letargo milenario y empuñaría las armas con la firme y heroica decisión de vender a muy alto precio su existencia.

Y entonces, los mismos ojos antes cargados de odio se volverían entre angustiados y esperanzados hacia el único hombre que podía salvarles del desastre: Miguel Ángel Aznar.

En este principio de la lucha, Miguel Ángel estuvo muy ocupado reuniendo los dispersos miembros de su Estado Mayor General, tratando de comunicar con el planeta Marte y procurando, en fin, poner orden en la tremenda confusión reinante.

Su moderno Ejército Autómata le había decepcionado algo, pero la ineficacia de algunas divisiones, en contraste con otras que se batían magníficamente, lo achacaba a la desorganización existente entre sus cuadros de oficiales. Porque al anunciarse la inmediata destrucción del Ejército, descorazonados y furiosos, la inmensa mayoría de los oficiales habían abandonado sus regimientos para ir a reunirse con sus familias en puntos que a veces distaban diez mil kilómetros de su acantonamiento habitual.

Ahora, los oficiales y generales volvían apresuradamente a sus puestos sin que nadie los llamara. Y los que no podían hacerlo eran sustituidos por otros residentes más cercanos. El Estado Mayor tenía que realizar todos estos ajustes en momentos en que el avance del enemigo requería toda su atención.

Próximo el anochecer llegaron el vicealmirante Hidalgo y el brigadier Tarkington, los cuales habían podido encontrar un aerobote del Ejército en Chicago. Como ayudantes del Almirante Mayor, éstos quedaron a disposición de Miguel Ángel Aznar, el cual les encargó que buscaran un alojamiento para su madre y él mismo.

Poco después de la medianoche le fue anunciada a Miguel Ángel la llegada de su madre. La señora Aznar en persona apareció en imagen en uno de los televisores del despacho de su hijo para saludarle y

decirle que habían realizado el viaje sin novedad.

- Estamos en el primer piso de este mismo edificio -le dijo-. Baja para cenar.

Poco después, Miguel Ángel y Tarkington entraban en el pequeño apartamento. El Almirante Mayor se sorprendió al encontrar allí a la señorita Otis Schmidt, a la cual había olvidado completamente durante aquellas horas. -¿Dónde están sus hombres? -le preguntó.

La joven contestó secamente.

- Abajo, encerrados en un calabozo.

Miguel Ángel se volvió hacia Tarkington. Este se disculpó diciendo:

- Fue cosa de don Fernando. El vicealmirante pensó que querría usted que se procesara a estos pillos por el asesinato del vicealmirante Drake, del brigadier Harding y del capitán Gardner Aznar, la noche que asaltaron nuestra villa de las Montañas Rocosas.

La señora Aznar salió en defensa de los detenidos:

- Aunque esta gente sea culpable de esas muertes no pueden encarcelarles, Miguel Ángel. Se dio por entendido que nos daban la libertad a cambio de su perdón, ¿no es cierto?

- No se habló una palabra de eso -dijo Miguel Ángel sombríamente. Pero él no deseaba en modo alguno que le ocurriera nada malo a la señorita Schmidt, por más que ésta fuera culpable de la muerte de tres de sus adictos ayudantes.

- Yo hablé en tu nombre luego que partiste hacia el Sur con la señorita Schmidt -dijo la señora Aznar-. Los hombres que se quedaron conmigo no estaban muy tranquilos respecto a la suerte que pudiera caberles al llegar aquí a Washington. Les di palabra que no serían procesados ni detenidos.

- Pues hiciste mal -refunfuñó Miguel Ángel-. Las leyes se han hecho para que se cumplan, y ni tú ni yo somos quién para detener el brazo de la justicia. -¿A qué leyes se refiere? -preguntó Otis Schmidt-. No será a las que condenan a todo aquel que se alce en rebeldía contra el Estado, ¿verdad? Porque si son éstas, los hombres a quienes dimos muerte estaban fuera de la Ley, exactamente lo mismo que usted.

El Almirante Mayor se mordió con fuerza los labios.

- Tarkington -dijo secamente-, dejen en libertad a la señorita Schmidt y a todos sus hombres.

El brigadier salió y la señorita Schmidt hizo ademán de seguirle. Pero la señora Aznar la llamó y se la llevó a la cocina, en donde Miguel Ángel las oyó cuchichear mientras esperaba que sirvieran la cena.

Al cabo de un rato, Otis Schmidt y la señora Aznar salieron de la cocina llevando la cena. Miguel Ángel las contempló con el ceño fruncido.

- La señorita Schmidt se queda una temporada con nosotros -

anunció la dama-. Ella no conoce a nadie en la ciudad ni tiene dónde ir, y yo me siento muy sola. -¡Ah, bien! -exclamó Miguel Ángel hoscamente. Pero el regocijo le bailaba dentro del cuerpo.

Comió abundantemente aquella noche, pese a las hondas preocupaciones que pesaban sobre él. Y cuando se acostó poco más tarde se durmió invadido de una agradable sensación de bienestar.

A las siete de la mañana estaba de nuevo en su despacho. Las malas noticias que le esperaban no fueron capaces de destruir su optimismo.

El Ejército enemigo que el día anterior había cruzado la antigua frontera de los Estados Unidos con el Canadá, seguía progresando hacia el Sur en un frente de 500 Kilómetros desde las Montañas Rocosas al Océano Pacifico que abarcaba los viejos estados americanos de Washington, Oregón, Idaho y parte de Montana. Así, mientras el invasor era detenido en el centro del continente, en Saskatchewan y los Grandes Lagos, un torrente de máquinas acorazadas y diabólicos hombres planta se corría por la costa del Pacífico hacia las zonas densamente pobladas de la privilegiada California.

En Europa la Bestia se apuntaba también resonantes triunfos al penetrar en el corazón de Alemania, en tanto efectuaba nuevos desembarcos en Brasil y África del Norte, detrás de las líneas defensivas terrícolas.

Llegaban de todas las regiones dominadas por el invasor noticias de horrendas matanzas y macabros festines. Los hombres planta que integraban las nutridas divisiones de infantería thorbod eran grandes comedores de carne humana. A estas monstruosas criaturas se les había encomendado la tarea de tomar, destruir y despoblar las populosas ciudades que las divisiones acorazadas de la Bestia iba dejando atrás en su rápido avance. Y a fe que desarrollaban aquella tarea con infrahumano entusiasmo.

- Hay que contener á la Bestia aquí en Norteamérica antes que cruce los límites de la vieja California, y en Europa antes que se esparza por Francia, Italia y los Balcanes -dijo Miguel Ángel a su cuñado.

- Ya he mandado refuerzos al Oeste -contestó José Luis-. En cuanto a Europa hemos de dar por perdido todo el Centro y formar una línea defensiva en los Pirineos y en los Alpes.

Los refuerzos fueron enviados a California desde el centro de Norteamérica por el expeditivo sistema de embutir diez millones de soldados autómatas en algunos miles de bombas voladoras que surcaron el espacio como exhalaciones para ir a estrellarse con metódica precisión en una línea de más de mil kilómetros desde el Océano Pacífico a las Montañas Rocosas, aproximadamente en la vieja demarcación de Oregón e Idaho con los antiguos estados de California, Nevada y Utah.

Estos proyectiles cohete, al estrellarse, esparcían a gran distancia su contenido. Los autómatas, comprimidos artificialmente hasta el tamaño de dedales, recobraban entonces su tamaño normal de dos metros despidiendo deslumbradora luz y calor. Apenas alcanzaban su tamaño natural, los soldados robot empezaban a moverse por sus propios medios corriendo a tomar las copiosas municiones llegadas por el mismo procedimiento.

Discos volantes de control, esferas-vigías, cañones de bocas múltiples y pequeños aviones portatorpedos fueron concentrados también en aquella zona en cantidades fabulosas.

La Bestia Gris, previendo la batalla que se avecinaba, mandó también refuerzos. Uno de aquellos extraños autoplanetas de forma piramidal hundió su afilado vértice en la atmósfera gaseosa del planeta y empezó a dejar caer cataratas de pequeños objetos metálicos que antes de llegar al suelo se transformaban en esferas blindadas y "cucarachas" robot.

Pero el autoplaneta fue súbitamente atacado por un enjambre de torpederos del Ejército. Cada torpedo de los lanzados por aquellos meteóricos aparatos reventó en el aire esparciendo cinco millares de torpedos robots reducidos, quienes metamorfoseándose en el espacio lo mismo que hacían las máquinas robot del enemigo, partieron como exhalaciones contra el descomunal autoplaneta.

El autoplaneta y los "platillos volantes" que mosconeaban a su alrededor lanzaron a su vez una nube de torpedos contra los torpedos que iban a su encuentro. Pero aunque sólo un millar de torpedos terrícolas alcanzaron al autoplaneta piramidal, éstos bastaron para derribarle con terrorífico estruendo. La máquina, de 50 kilómetros de longitud, se hizo pedazos contra el suelo, donde quedó formando una gigantesca montaña de chatarra.

En adelante, la Bestia fue más circunspecta en el empleo de sus inapreciables autoplanetas. Sin embargo perdió algunos más a manos de los aviones torpederos del Ejército.

La batalla terrestre comenzó alrededor de las doce y prosiguió terrorífica e incansable durante tres días seguidos. Incontables millones de máquinas y astronómicas cantidades de proyectiles de todas clases ardieron hora tras hora en la apocalíptica hoguera atómica.

Otra batalla semejante se desarrollaba casi al mismo tiempo ante los Pirineos españoles y los Alpes italianos.

Y mientras tanto, el pueblo terrícola se reponía de su asombro y su miedo y pedía a gritos que se le dieran armas y corazas de diamantina para salir a hacer frente al invasor.

Las viejas armaduras de cristal fueron sacadas de los polvorientos almacenes donde dormían un sueño de siglos y repartidas entre la

briosa juventud terrícola. Las mismas gentes que una semana atrás rugían de entusiasmo viendo saltar en añicos los buques de guerra que tanto odiaban, aquellos que cifraban toda su felicidad en poder tenderse al sol y dedicarse al cultivo de los deportes y las Bellas Artes, hacían retemblar el asfalto de las ciudades subterráneas mientras se adiestraban en el manejo de las armas.

Después de tres días de pugna, la batalla de California terminó con la victoria del Ejército Autómata Terrícola, que fue quien teniendo más a mano sus enormes depósitos de proyectiles pudo disparar mayor cantidad de éstos. Las fuerzas acorazadas thorbod fueron arrolladas. La Infantería Autómata y la Infantería "Verde" llegaron al cuerpo a cuerpo entre rugientes lagos de llamas. Los hombres vegetales no podían compararse siquiera en resistencia con sus terribles enemigos de metal. Tenían que sucumbir y sucumbieron, no sin pelear hasta el último momento.

Pero la victoria de California era solamente un triunfo local del que no podían sacarse deducciones demasiado optimistas. Porque mientras se contenía al invasor por el Oeste, las divisiones acorazadas de la Bestia establecían una cabeza de puente en la orilla americana del río San Lorenzo y clavaban firmemente sus plantas en el Estado de Nueva York amenazando todo el Este de Norteamérica.

Rochester, Búfalo y Siracusa fueron otros tantos cementerios para las máquinas robot y los hombres planta de la Bestia Gris. Allí, un pueblo dispuesto a vender cara su vida hizo pagar al enemigo un alto precio por su victoria. Las divisiones de hombres planta fueron diezmadas por los furiosos terrícolas y las máquinas robot tuvieron que detener unos días su avance hacia el Sur para volver atrás y acabar una tras otra con la resistencia tenaz de aquellas ciudades heroicas.

Y aun así no fue cosa sencilla aplastar a los terrícolas. Estos disparaban como si fueran balas aterradoras cantidades de proyectiles dirigidos previamente reducidos al calibre de sus ametralladoras ligeras. Cuando se extinguió el estruendo del último disparo, una muralla de metal desgarrado, retorcido y triturado rodeaba aquellas tres ciudades.

Al final de la primera semana de lucha, el Ejército Terrícola habíase apuntado muchas victorias y se batía magníficamente en todos los frentes.

- Si tuviéramos una Fuerza Aérea de apoyo la Bestia ya estaría derrotada -aseguró el general Balmer al contabilizar los resultados de la primera semana.

Pero la Armada Sideral Thorbod era una baza considerable en aquella reñida partida. Los platillos volantes, los buques de línea e incluso los autoplanetas thorbod, gracias a su gran movilidad,

parecían estar en todos los sitios a la vez, corriendo ora aquí, ora allá, para apoyar a las fuerzas acorazadas y a la Infantería Verde en apuros.

Al cabo de estos primeros siete días de furiosos combates se habían consumido tales cantidades de proyectiles, que parecía mentira que ninguno de los dos bandos contendientes hubiera agotado todavía su provisión de ellos.

En realidad, los bien surtidos arsenales del Ejército Terrícola estaban viendo descender sensiblemente el nivel de sus reservas al final de la jornada. Se calculaba por término medio que un sólo día de combate consumía todos los pertrechos fabricados en dos años por una gigantesca industria de guerra.

- Las guerras modernas han alcanzado un precio verdaderamente prohibitivo -dijo un día Miguel Ángel a la señorita Schmidt mientras comían-. Tenemos que terminar con esta plaga, o las guerras acabarán por devolver a la Humanidad a la pobreza de sus primeros albores. Llegará día en que el hombre, mal nutrido, vestido de pieles y habitando en cavernas, guisoteará en pucheros de barro calentados por leños comunes a las puertas de una fábrica gigantesca, donde las máquinas más costosas y complicadas de la Historia del mundo se dedicarán afanosamente a construir robots de perfección casi humana, navíos poderosos que se gobiernan por sí solos y surcan el espacio interestelar a velocidades astronómicas y millones y millones de bombas y torpedos atómicos, cada uno de los cuales hubiera arruinado al más rico Estado de los que existían en el Siglo Veinte.

Y la señorita Schmidt preguntó:

- Si el precio de las Fuerzas Armadas que usted ha reconstruido en estos últimos años pudiera traducirse en dólares, ¿cuál sería su costo?

- Las cifras no dicen nada al hombre cuando rebasan los límites de su humana imaginación. No tengo ni idea de las dimensiones de la línea de números que habrían de escribirse para traducir el costo de un Ejército moderno a dólares. ¿Quién sabe? Quizás hubiera que andar varias leguas sobre una apretada línea de cifras para llegar a su final. Y no habríamos adelantado mucho. Tendríamos que ver esos dólares formando un solo montón para hacernos una idea. Y entonces resultaría que nuestro ojo era demasiado pequeño para abarcaren toda su inmensidad las proporciones de esa montaña de oro.

- Bueno -dijo Schmidt sonriendo-. Ya veo que mi pregunta es tonta. Nadie puede saber los dólares que costaría nuestro Ejército, porque ni los materiales, ni la técnica ni la mano de obrase han calculado jamás en moneda.

Esto era absolutamente cierto. Todo cuanto existía sobre el mundo era propiedad del Estado y ni se vendía ni se compraba. La industria era de la nación, y lo que producía para el uso de la nación. El costo de una casa, de un aparato de televisión o de un enorme autoplaneta

se evaluaba en horas de trabajo.

Y en este sentido, las horas trabajadas en la construcción del moderno Ejército Terrícola se escapaban de los arsenales y se desintegraban en el aire con terrorífica velocidad. Era como si el mar, se escapara en silbante chorro por un pinchazo de buen tamaño.

Relativamente hablando, la cámara hinchada a costa de largos años de bombazos iba a desinflarse en unos segundos.

La guerra entró en su segunda semana sin que se advirtiera cansancio ni mengua de su violencia por ninguno de los bandos. Minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, los explosivos atómicos restallaban en el aire saturando la atmósfera de mortal radioactividad. Hombres autómatas, máquinas robot, platillos volantes, hombres planta y seres humanos caían por millares a cada minuto transcurrido.

La Bestia Gris avanzaba ahora muy lentamente, encontrando una resistencia crecientemente tenaz en el Ejército que le disputaba cada palmo de terreno.

Parecía que iba a cumplirse el vaticinio de Miguel Ángel Aznar. Quizás la Bestia conquistara la Tierra, pero en ella quedaría enterrada. Porque así como los arsenales terrícolas se vaciaban con velocidad impresionante, así la Bestia tenía que reponer constantemente sus bajas sacando más y más esferas blindadas y cucarachas robot de sus autoplanetas.

Al finalizar la segunda semana el invasor había tomado las ciudades de Boston, Cleveland, Pittsburg, Albany y Nueva York a costa de cuantiosas pérdidas. Europa era toda suya, a excepción de Italia y España.

En África había sufrido una resonante derrota. Pero avanzaba rápidamente por China y con mayor lentitud a través de la superpoblada Sudamérica.

De Marte se recibían con dificultad noticias de estar luchándose con igual encono que en la Tierra. De Venus y su intacta División Sideral no se tenían noticias, por estar el planeta muy lejos de la Tierra en aquella época del año.

En la vieja Washington subterránea, Miguel Ángel Aznar y su Estado Mayor permanecían noche y día pendientes de la radio y los aparatos de televisión. La guerra se acercaba a la capital. -¿Cómo vamos de municiones? -preguntaba Miguel Ángel a su cuñado cada mañana.

Y al empezar la tercera semana José Luis Balmer informó:

- Hemos acabado con todos, los proyectiles fabricados por nosotros. Ahora estamos sacando las capas de los que fabricaron los Balmer en sus dos siglos de dominación.

Así, la Historia parecía deslizarse retrospectivamente ante los ojos

de Miguel Ángel Aznar. Cuando se acabarán los proyectiles fabricados por los Balmer saldrían a la luz las reservas acumuladas por generaciones de hombres ya extintas sobre la faz de la Tierra.

Trenton, Filadelfia y Baltimore sucumbieron ante el invasor. El mismo día en que la Bestia arrolló la tenaz resistencia de Baltimore, un general entró en el despacho de Miguel Ángel Aznar y anunció:

- La Bestia está evacuando el planeta Marte.

Miguel Ángel y José Luis intercambiaron una mirada de perplejidad. -¿Qué puede significar esto? -preguntó Miguel Ángel.

José Luis contestó:

- Apuesto a que las fuerzas que la Bestia está retirando de Marte las veremos aquí antes de un mes.

- O sea, que la Bestia se reconoce impotente para aplastarnos con las fuerzas que actualmente tiene destacadas en la Tierra -murmuró Miguel Ángel.

- También es posible que se sienta exasperada por la lentitud de su avance y quiera terminar de una vez abrumándonos con su superioridad numérica. Sus cálculos acerca de nuestra capacidad de resistencia deben haber resultado equivocados, como nos equivocamos nosotros al calcular el número de máquinas y las reservas de proyectiles que podían llevar a bordo de sus autoplanetas.

- No podemos habernos equivocado. Conocemos el número de sus autoplanetas y su capacidad máxima. Si la Bestia reembarca en Marte es porque no puede sostener dos frentes a la vez. Si seguimos forzándole a gastar estas cantidades de material no tardará en dar señales de agotamiento -aseguró Miguel Ángel.

Y en efecto, la Bestia Gris empezó a dar señales de cansancio al empezar la cuarta semana de operaciones. Los frentes se estabilizaron en todas partes. Los thorbod esperaban la llegada de sus refuerzos.

Pero la estabilidad de los frentes no implicaba también la interrupción de los combates. Noche y día, a todas horas, los mortíferos proyectiles atómicos seguían surcando el espacio, encontrándose, estallando en el aire con espíritu demoledor.

Porque en cuanto uno de los bandos dejara de lanzar proyectiles, los del contrario alcanzarían á sus máquinas y las reducirían a pedazos. Aquel que agotara primero su provisión de bombas sería el primero en perecer.

En las fábricas subterráneas se seguía trabajando febrilmente en la construcción de estos proyectiles.

Pero los que diariamente se fabricaban se consumían en unos breves minutos de combate. Los arsenales se iban vaciando rápidamente.

La Bestia debía encontrarse en la misma precaria situación, porque se dio mucha prisa en reembarcar su ejército marciano y trasladarlo a

la Tierra a bordo de sus gigantescos autoplanetas. Tres semanas después de haberse anunciado éste reembarco, los autoplanetas reaparecían en la Tierra y empezaban a desembarcar fuerzas.

El mismo día que se tuvieron noticias de la llegada de estos refuerzos, Miguel Ángel Aznar se presentó en su apartamento a la hora de comer seguido de un grupo de hombres que depositaron junto a la puerta un montón de piezas de armadura. -¿Qué significa esto? -preguntó la señorita Schmidt cuando los hombres se hubieron marchado.

Miguel Ángel contestó:

- Se acerca el fin. El enemigo está desembarcando los refuerzos traídos desde Marte. Ahora tendrán casi doble número de cañones disparando contra nosotros al mismo tiempo. Su alud de proyectiles arrollará a los que nosotros podamos disparar, alcanzarán a nuestra Infantería y tendremos las pérdidas más cuantiosas de toda la campaña: -¿Quiere decir que vamos a necesitar de estas armaduras?

- Sí. Seguro.

La señorita Schmidt miró hacia la señora Aznar, que, impasible, seguía la conversación desde un cómodo diván.

- Siempre creí que el Estado Mayor se retiraría de Washington antes que el enemigo pusiera cerco a la ciudad -anunció.

Y Miguel Ángel contestó:

- Después que la Bestia nos haya arrollado ya no hará falta ningún Estado Mayor. Los frentes se derrumbarán y se perderá la conexión entre los diversos cuerpos del Ejército. La lucha proseguirá durante algunas semanas más, pero los combates serán locales, entre fuerzas pequeñas desperdigadas por toda la redondez del planeta. Hemos enseñado a nuestros soldados autómatas a combatir incluso en las circunstancias más desfavorables. Ellos son máquinas insensibles a todo. Lucharán mientras tengan un fusil y municiones. Luego arremeterán contra el enemigo a bayonetazos… y hasta a puñetazos… mientras el complicado mecanismo que llevan en sus entrañas siga funcionando. Como nosotros decimos al referirse a las criaturas humanas… hasta el último aliento.

- Pero su madre… ¿no intentará siquiera ponerla a salvo enviándola a Venus en un aerobote?

- No me separaré de mi hijo -aseguró la señora Aznar con acento impasible.

Miguel Ángel añadió:

- Las probabilidades de que un aerobote pueda llegar a Venus burlando el bloqueo de la Armada Thorbod son demasiado remotas para tomarlas en consideración. Más fácil es que podamos resistir aquí hasta que llegue nuestra División Sideral Venusina.

Las azules pupilas de la señorita Schmidt relampaguearon. -¿Es que

nuestra Armada se decide al fin a atacar? -preguntó.

- La Armada siempre estuvo decidida a entrar en combate -contestó Miguel Ángel-. Lo único que esperaba para hacerlo era recibir mi orden.

- Pero si las comunicaciones inalámbricas están interferidas por el enemigo, ¿cómo recibirá su orden la Armada?

- Por medios visuales. Vamos a lanzar al espacio tres gigantescas bombas de hidrógeno cuya explosión será vista desde Venus a través de los telescopios que no se apartan de nosotros. -¿Cuándo?

- Dentro de un par de horas. ¿Quiere usted verlo?

- Me gustaría -contestó la muchacha. Y quedó sobreentendido que ella saldría con él más tarde.

Efectivamente, después de comer, Miguel Ángel Aznar invitó a la señorita Schmidt con un gesto. -¿Vamos?

Salieron juntos. Una especie de confabulación secreta hablase establecido entrambos sin que mediara una palabra. Nerviosamente, Miguel Ángel se las arregló de forma que se encontraron solos en uno de los automóviles eléctricos.

Mientras rodaban a marcha moderada por un interminable túnel hacia el arsenal próximo (se entendía por "próximo" un centenar de kilómetros) Miguel Ángel conectó el piloto automático y se volvió hacia la señorita Schmidt.

- Todavía ignoro las razones que le indujeron a quedarse con nosotros -dijo gravemente-. Pero gracias a ello he podido verla todos los días y conocerla como no la conocía…

Otis Schmidt enrojeció hasta la raíz de sus rubios cabellos. Sus azules pupilas relampaguearon, pero sus labios siguieron cerrados formando una roja línea.

Miguel Ángel prosiguió:

- Aunque he estado muy atareado estos días, su recuerdo me asaltaba en medio de mis ocupaciones.

He sentido eso mismo antes de ahora con otras mujeres, no se lo oculto. He amado a mis dos mujeres, especialmente a la primera, que fue precisamente la que traicionó cruelmente mi amor.

El Almirante Mayor de las Fuerzas Armadas Terrícolas se interrumpió como evocando la imagen de aquella mujer ingrata. Luego, pestañeó y dijo muy serio:

- Soy un hombre terriblemente viejo.

La señorita Schmidt salió bruscamente de su silencio para exclamar: -¿Viejo usted? ¡Pero si sólo tiene un centenar de años!

Miguel Ángel Aznar sonrió débilmente.

- Al menos de cien solamente tengo noción. Pero soy mucho más viejo. He viajado durante más de dos mil doscientos años a través del espacio viviendo una intensa vida de aventuras en la remota galaxia

nahumita, en los planetas thorbod, nuevamente en Nahum, y luego aquí en la Tierra. Los peligros constantes, los aprietos en que me he visto y ese cambio de paisajes me dan la impresión de haber vivido muchísimos siglos.

Suspiró y dijo:

- En fin, señorita Schmidt. Estoy terriblemente cansado. El destino me ha empujado de un lado otro como una pelota, colocándome en cien situaciones difíciles de las que sólo obtuve amargas experiencias. Vi nuestro autoplaneta Valera invadido por los nahumitas, a mi padre y a mis abuelos morir ahorcados y pataleados por esos mismos soldados… Vi cómo eran asesinados muchos millares de compatriotas y cómo los demás prisioneros de Valera eran reducidos a la triste condición de esclavos. La primera novia que tuve murió en mis brazos en las arenas ensangrentadas del circo de una ciudad submarina. Mi primera mujer me abandonó. La tripulación de Valera se sublevó contra mí y me dejó abandonado en un planeta de la Bestia Gris. Luché de nuevo en Nahum viéndome en el penoso deber de aniquilar al Imperio que mi mujer había creado, incluyéndola a ella. De regreso a la Tierra me vi perseguido como un criminal… y nuevamente la fatalidad me colocó ante el ineludible deber de aniquilar a tres millones de seres humanos que preferían sucumbir a capitular. En el momento de ser acogido triunfalmente en el planeta que había liberado, una bomba dejó muerta instantáneamente a mi segunda esposa.

Las oscuras pupilas de Miguel Ángel Aznar brillaron con acuosidad de lágrimas.

- No es que pretenda conmoverla al contarle todo esto -prosiguió diciendo el Almirante Mayor-.

Además, me consta que mi madre ya se lo habrá contado a usted muchas veces…

- Sí, doña Mercedes me ha contado su vida hasta en los menores detalles -se apresuró a decir la señorita Schmidt.

- Bueno -dijo Miguel Ángel haciendo una mueca de impaciencia- Adonde quiero ir a parar es a esto.

No soy ningún muchacho. He vivido toda clase de experiencias, incluido el amor. Sin embargo, y a riesgo de parecerle ridículo, le confesaré que en estos últimos tiempos… desde que la conocí a usted… pienso, siento y obro como un chicuelo.

- Señor Aznar-repuso la joven gravemente- De entre todo el género humano usted es sin duda la persona que puede hacer las cosas más extrañas sin caer jamás en el ridículo.

- Algo ha quedado dentro de mí que jamás fue satisfecho -prosiguió diciendo el Almirante Mayor sin prestar atención a la interrupción de la señorita Schmidt-. Deseé verme reflejado en mis hijos y jamás los

tuve... Aspiré a vivir en la santa paz de un hogar dedicando todo mi tiempo a la mujer amada y nunca tuve un minuto de tranquilidad. Aborrecía las guerras y me vi continuamente mezclado en ellas. Ambicioné la anónima personalidad del ciudadano vulgar y me vi promovido a Almirante Mayor cuando todavía era un muchacho... No me conoce usted si cree que gozo llevando cuatro diamantes en las charreteras, oliendo el incienso dé la popularidad, sea buena o sea mala, y rodeándome de todo el boato que corresponde a un militar de mi rango.

- Sí que le conozco, señor Aznar -murmuró la joven con las mejillas cubiertas de arrebol-. Si allá en el lago Belot me hubiera jurado usted por su madre que detestaba su cargo de Almirante Mayor no le hubiera creído. Pero todo cambió cuando al atacarnos la Bestia se dispuso usted con la mayor naturalidad del mundo a luchar en defensa de una nación que le había denigrado. Ahora sí. Ahora le conozco bien, y por lo mismo le admiro... le admiro... como no se puede imaginar.

- No es su admiración lo que yo deseo, señorita Schmidt -repuso Miguel Ángel Aznar gravemente-.

Lo que deseo... si por ventura saliéramos los dos con vida de este atolladero... es que sea usted mi esposa.

El bello rostro de Otis Schmidt era como una amapola bajo el trigo maduro de sus rubios cabellos.

- La amo -pronunció roncamente el Almirante Mayor-. No más de lo que amé a mis dos esposas... pero sí tanto como a ellas. Y no fue poco lo que las quise, créame.

Otis Schmidt seguía silenciosa.

- No es necesario que me conteste ahora mismo -dijo Miguel Ángel.
-¿Por qué no si ya tenía la respuesta preparada? -murmuró la joven bajando sus relampagueantes pupilas-. Sería una hipócrita si le dijera que me ha pillado de sorpresa. Yo... es decir, una mujer... siempre sabe leer el amor en los ojos del hombre que la mira enamorado. Lo que me sorprende es que usted no haya sabido comprender mucho antes que yo... que yo le amaba como jamás he amado a hombre alguno. -¡Otis! -exclamó el Almirante Mayor.

Y la señorita Schmidt no pudo decir en razón que a su novio le faltara la impetuosa acometividad de un muchacho de treinta años. Unos brazos musculosos la rodearon y unos labios ardientes aprisionaron los suyos en un largo beso.

El timbre del piloto automático repiqueteó con estruendo arrancando al uno de brazos del otro. Se miraron a los ojos con expresión de maravilla. El Almirante Mayor sonrió, desconectó el piloto robot y empuñó el volante.

- Nunca he deseado tan fervientemente como ahora salir con vida

de un aprieto -aseguró. Y luego, arrugando el ceño, añadió-: Sería el colmo de la desdicha que tampoco pudiera cumplir este vehemente y póstumo deseo… casi presiento…

- Miguel Ángel -dijo Otis colgándose de su brazo-. Si lo que temes es que alguno de los dos muera en las horas que se avecinan, ¿por qué no sales al paso de ese atroz presentimiento pidiéndome que nos casemos hoy mismo? -¡Hoy mismo! -exclamó Miguel Ángel. Y clavando en los ojos de ella sus pupilas centelleantes preguntó:-¿Quieres?

- Sí -murmuró ella apartando sus ojos ante la intensidad del brillo de los de él. -¿Esta noche… ahora mismo?

- Sí.

Y unas horas más tarde, cuando un nuevo día apuntaba sobre la tierra mutilada y dolorida, allá en la ciudad profundamente enterrada se celebraba la boda de Miguel Ángel Aznar, Almirante Mayor de las Fuerzas Armadas Terrícolas y la señorita Otis Schmidt.

Fue una ceremonia sencilla, sin música, sin cortejo nupcial ni traje de novia. La iglesia, sin embargo, estaba atestada de altos jefes del Ejército y la Armada, así como de curiosos atraídos por la novedad de aquella boda repentina.

El presentimiento de Miguel Ángel no se había realizado. Otis Schmidt era ya su esposa ante Dios y ante los hombres.

Cuando los recién casados sellaban su compromiso con un beso, las bombas atómicas empezaban a restallar por encima de sus cabezas.

La Bestia Gris reanudaba una interrumpida ofensiva.

CAPITULO V

Las fuerzas thorbod estacionadas ante Washington, reforzadas por las que habían llega¬do de Marte, lanzaron una aterradora nube de proyectiles dirigidos con cabeza atómica.

Este aniquilador alud de máquinas infernales chocó con indescriptible estruendo con el enjambre de proyectiles antagonistas lanzados desde las líneas terrícolas, lo barrió en mitad de una intensa llamarada y siguió adelante con implacable ímpetu.

En notoria inferioridad numérica, los proyectiles terrícolas sólo provocaron la explosión de un número igual de bombas en el aire. El resto de la andanada thorbod alcanzó las líneas de la infatigable Infantería Autómata.

El equilibrio mantenido a tan elevado costo acababa de romperse. Los proyectiles thorbod cayeron entre los soldados robot, cada uno de los cuales atraía sobre si la atención de uno de los cerebros electrónicos alojados en aquellas bombas.

Colosales nubes de polvo, de humo y de llamas se elevaron de la tierra torturada oscureciendo el sol. Y detrás de aquella primera

andanada de bombas, una lluvia descomunal de máquinas destructoras continuó cayendo sobre el campo de batalla.

Entre los cráteres abiertos por la explosión de las bombas, los soldados mecánicos saltaban en pedazos aventando como proyectiles las piezas retorcidas arrancadas de sus entrañas.

Cerca de media hora duró aquella infernal tormenta de fuego sobre las líneas del Ejército Robot Terrícola. Cuando al cabo se interrumpió el terrible bombardeo ni un solo proyectil se elevó de las destrozadas filas terrícolas. Unos seis millones de hombres autómatas cubrían con sus desgarrados y humeantes restos una enorme extensión de terreno.

Entonces, las máquinas acorazadas de la Bestia Gris avanzaron.

- Bueno -suspiró Miguel Ángel apartando sus ojos enrojecidos de la pantalla de televisión desde la cual había presenciado en silencio el aniquilamiento de sus magníficas tropas-. Se acabó nuestro Ejército.

La mano de su esposa, que no se había apartado de junto a él, le apretó con fuerza la suya sudorosa.

Miguel Ángel Aznar se miró en el fondo de las amorosas pupilas azules, sonrió animosamente y dijo mirando a su sombrío Estado Mayor: -¡Vamos a hacerles gastar a esos bichos unos cuantos millones más de proyectiles!

Los generales, almirantes y oficiales del Estado Mayor, todos equipados ya con sólidas armaduras de diamantina, se encasquetaron sus recias escafandras, empuñaron los fusiles ametralladoras y salieron lentamente de la habitación.

Otis Schmidt y Miguel Ángel Aznar, también vestidos de cristal del cuello a los pies, se miraron intensamente. Sus petos de diamantina chocaron uno con otro al abrazarse.

Se besaron.

- Espero que no sea el último -dijo Miguel Ángel, y la escafandra azul, al bajar sobre su cabeza, enmascaró la optimista sonrisa de sus labios.

En el corredor les esperaba José Luis Balmer. -¿Y mamá? -le preguntó Miguel Ángel.

- La Almirante doña Juana Aznar y la General Josefina Trigo han ido a hacerle compañía.

- Bien. Subamos -dijo Miguel Ángel.

Las fuerzas blindadas de la Bestia avanzaban con ímpetu arrollador sobre la ciudad. Cuando Miguel Ángel llegó a la superficie de Washington la vanguardia del enemigo se encontraba a un centenar de kilómetros.

No lejos de la casamata de "dedona" desde la cual observaba Miguel Ángel, una columna de soldados autómatas iba surgiendo de las entrañas de la ciudad subterránea. Tenía un aspecto extraño, grotescamente humano. Eran a modo de unos grandes bidones

cilíndricos con una esfera metálica por cabeza y "dos brazos y dos piernas ridículamente delgadas con respecto al grosor de su cuerpo.

Estos eran los soldados autómatas que habían mantenido a raya a las formidables divisiones acorazadas de la Bestia por espacio de siete semanas. El núcleo principal de sus fuerzas acababa de ser aniquilado a las puertas de Washington y seguramente estaban corriendo idéntica suerte las que combatían frente a la Bestia en otros lugares del planeta.

Pero aunque habían dejado de existir como fuerza masiva de ataque, los hombres autómatas no habían sido completamente destruidos. Miguel Ángel Aznar habíase reservado un centenar de millares para la defensa de la ciudad.

Y en todas las poblaciones se contaba también con ellos para disputarle al enemigo cada reducto de las laberínticas defensas subterráneas.

Mientras Miguel Ángel estaba viendo el despliegue de la Infantería Autómata, la cual iba a tomar posiciones en todos los embudos y grietas producidas por las bombas, una Flota Sideral Thorbod se presentó sobre la ciudad y la atacó con una terrorífica andanada de proyectiles dirigidos "aire-a-suelo".

Las defensas de la ciudad subterránea contestaron, a su vez, disparando una densa nube de proyectiles dirigidos "suelo-a-aire". Los soldados autómatas se unieron también a la refriega disparando sus pesadas ametralladoras al aire.

Durante quince minutos restalló sobre Washington una terrorífica tempestad de truenos y relámpagos atómicos. Los proyectiles que subían y los que bajaban entraban en colisión cubriendo el cielo sobre la ciudad con una continua llamarada que hacia palidecer la luz del Sol.

El estruendo era tal que los oídos humanos hubieran reventado sin remisión a no estar protegidos por la hermética escafandra que encerraba las cabezas y atenuaba considerablemente los ruidos. Los miembros del Estado Mayor reunidos en torno a Miguel Ángel Aznar utilizaban la radio que todos y cada uno llevaban para hablar entre sí.
-¿A santo de qué viene ahora la Armada a castigarnos? -preguntó Miguel Ángel por su micrófono.

Y José Luis Balmer contestó por el mismo conducto:

- Parece que quieren asegurarse que no quedan suficientes soldados robot para hacer retroceder a sus divisiones blindadas.

La razón no era convincente y no convenció a Miguel Ángel. Por primera vez no entendía la táctica de la Bestia. La experiencia había demostrado repetidas veces antes de ahora que una Flota Sideral se arriesgaba a sufrir cuantiosas pérdidas al atacar un objetivo terrestre que estuviera bien defendido por baterías lanza-cohetes.

Por muchos buques siderales que tomaran parte en el ataque, lo más probable sería siempre que hubieran fijas en el suelo mayor número de baterías que tubos lanzatorpedos podían llevarse a bordo de una escuadra.

Como para corroborar una vez más esta máxima, grandes objetos, enormemente pesados, empezaron a caer aquí y allá, explotando con aterrador estruendo al estrellarse contra el suelo. -¡Son buques thorbod! -exclamó alguien con júbilo.

Súbitamente se hizo el silencio. La Flota Thorbod se había retirado dejando los aledaños de la ciudad sembrados de restos de buques. Y al marcharse las aeronaves las baterías dejaron automáticamente de disparar. -¿Por qué habrán mandado a su Flota contra nosotros, si pueden destrozarnos con más seguridad con sus fuerzas blindadas? -volvió a preguntar Miguel Ángel.

Y la respuesta llegó en aquel momento en forma de una tremenda lluvia de granadas atómicas.

Granadas, no proyectiles dirigidos de seis u ocho metros de longitud. Granadas de pequeño calibre, aunque de una fuerza demoledora. -¡Dios mío! -exclamó Miguel Ángel sintiendo que el corazón se le paralizaba en el pecho-. ¿Será posible que a la Bestia se le hayan acabado sus proyectiles dirigidos? -¡Hurra! ¡Hurral-gritó José Luis Balmer pegando saltos que no parecían cuadrarle mucho a un general de su rango-. ¡Sí… eso es ¡Por eso han lanzado contra nosotros su escuadra… porque les hemos hecho consumir hasta el último proyectil dirigido!

Como para sacar a José Luis Balmer de un tremendo error, un centenar o más de grandes bombas volantes llegaron rugiendo desde las líneas enemigas y explotaron con infernal estruendo levantando colosales cráteres de tierra y de llamas.

Pero José Luis Balmer no estaba en un error. Un centenar, ni siquiera un millar de aquellos mortíferos proyectiles no significaban nada comparado con el alud de ellos que había estado zumbando incansablemente, por millones, contra las fuerzas autómatas terrícolas.

Alguna esfera blindada o alguna "cucaracha" robot tenía todavía munición de aquella clase. Pero la inmensa mayoría se conformaban ahora con disparar, a una endiablada velocidad por cierto, pequeñas granadas explosivas de las que se utilizaban antes que fuera posible reducir proyectiles de gran tamaño al calibre de estas granadas sin reducir.

Lágrimas de gozo resbalaban por las mejillas de Miguel Ángel bajo el cristal azul de su escafandra.

Nadie pudo ver aquellas lágrimas, pero su voz enronquecida de emoción llegó a través de los aparatos de radio hasta sus amigos y colaboradores: -¡Lo hemos conseguido!¡Les hemos obligado a gastar

todas sus reservas de bombas volantes reducidas de tamaño!

Y un almirante exclamó: -¡Qué bien se comprenden los problemas después de resueltos! La Bestia, en los veinte o veinticinco años que transcurrieron desde que conocieron la posibilidad de comprimir la materia hasta que ella misma pudo realizar el experimento, debió fabricar estos proyectiles previendo que nosotros los utilizaríamos contra sus blindados en sustitución de las antiguas granadas de pequeño calibre. Luego las comprimió para dispararlas por los cañones de sus blindados. Pero nosotros habíamos fabricado, por lo menos, tantos proyectiles como ellos en el mismo tiempo y teníamos, además, las reservas antiguas, también reducidas convenientemente.

El almirante se interrumpió para soltar una risita de sátiro y añadió:

- Ahora se comprende el porqué la Bestia retiró sus fuerzas de Marte y las trajo aquí a la Tierra. Viendo agotada su provisión de proyectiles sin que nosotros diéramos señales de desfallecer, decidió emplear todas sus reservas en una sola salva capaz de barrer nuestra Infantería Autómata. Por eso también acaba de atacarnos su Flota. Su Armada es la única que todavía cuenta con municiones para batirnos… pero si quiere hacerlo tendrá que arriesgarse a sufrir cuantiosas pérdidas. -¡Pues que venga! -chilló un joven almirante-. ¡Nada deseamos tanto como facilitarle la labor a nuestra Armada Venusina!

- La Armada Thorbod no combatirá contra nuestras fuerzas de tierra -aseguró Miguel Ángel- Tiene que conservarse intacta para hacer frente a nuestra División Venusina. La Bestia proseguirá sus operacio ríes con lo que tiene a mano… blindados, infantería robot, hombres planta y granadas comunes. -¡Si lo intenta la destrozaremos! -exclamó otro general de la promoción más joven-. ¡Todavía nos quedan proyectiles dirigidos! No para aguantar un combate de proyectiles contra proyectiles, pero sí los suficientes para destriparles sus máquinas una tras otra.

- Pues ánimo, muchacho -exclamó Miguel Ángel regocijado-. La ocasión no va a faltamos. ¡Ahí llega la vanguardia thorbod!

En efecto, las avanzadillas acorazadas se vislumbraban ya en el horizonte vomitando granadas por todas sus bocas de fuego. Estas granadas cayeron sobre las defensas exteriores de la ciudad levantando una densa cortina de polvo, de humo, de llamas, que ocultó por completo a las máquinas que avanzaban.

A la Bestia, sin duda, le alentaba la esperanza de que los terrícolas hubieran agotado también sus reservas de proyectiles dirigidos. Tal vez se resignaba a sacrificar buena parte de sus fuerzas mecánicas a cambio de consumir por completo aquellas reservas. Porque careciendo los terrícolas de fuerzas acorazadas, un número pequeño de sus blindados bastarla para aplastar de una vez toda resistencia.

De cualquier forma, la Bestia no podía resignarse a reembarcar sus fuerzas y retirarse después de haber dominado más de medio planeta y estar a dos pasos de conquistar el resto. Y atacó.

Desde 50 kilómetros de distancia, una línea de máquinas acorazadas cuyos extremos se perdían tras el horizonte, de otros 50 kilómetros de profundidad, lanzaba aterradoras cantidades de granadas atómicas contra la ciudad y sus defensores. Y aunque estos proyectiles no iban guiados por ningún cerebro electrónico, sus efectos eran terriblemente mortales.

- Adivino sus intenciones -dijo Miguel Ángel Aznar observando el avance del enemigo a través de una pantalla radar-. Quieren llegar al cuerpo a cuerpo sin darnos tiempo para ir destrozándoles máquinas a medida que se vayan acercando.

- La verdad es que vamos a vérnoslas negras para deshacer tanta máquina en tan poco tiempo -murmuró José Luis. -¡Que salgan al campo todas las fuerzas autómatas! -ordenó Miguel Ángel.

Y los 100.000 soldados robot salieron de sus madrigueras para lanzar 100.000 proyectiles dirigidos por segundo contra las líneas de blindados enemigos. Algunos de estos proyectiles fueron hechos explotar en su trayectoria por las bombas volantes que todavía disparaban las esferas thorbod.

De todas formas, los proyectiles terrícolas estaban abriendo una tremenda brecha en las líneas de la Bestia.

Pero los blindados y los robots de la Bestia, lanzados a toda velocidad, estuvieron sobre la ciudad sin dar tiempo a que los proyectiles dirigidos los destruyeran a todos.

Y entonces comenzó la etapa más cruenta de aquella enconada batalla. Desde sus sólidas casamatas de "dedona", los habitantes de la ciudad disparaban a bocajarro sus fusiles contra las esferas metálicas blindadas y las repugnantes cucarachas metálicas.

Fusiles y ametralladoras de pequeño calibre disparaban ahora granadas de las llamadas "antitanque" las cuales se hinchaban apenas abandonaban el ánima de las armas de pequeño calibre. Así se daba el caso, nunca visto hasta entonces, de que un solo y débil hombre armado de un rifle, pudiera hacer frente a toda una gigantesca máquina robot.

El rodillo demoledor llegó al perímetro defensivo de la ciudad y allí quedó buena parte de él formando una enorme muralla de metal retorcido. Sin embargo, consiguió arrollar la primera línea de defensas, en donde también dejó el suelo cubierto de restos humeantes y siguió hacia la tercera.

Desde el aire, las esferas blindadas de "dedona" disparaban sus cañones contra los blocaos, metálicos y los nidos de ametralladoras. Ya no era posible ver nada a través de la densa cortina de llamas, de

humo y de polvo que lo envolvía todo. Pero los cañones, dirigidos por radar, seguían disparando con aterrador estruendo. La cubierta exterior de la ciudad sería el cementerio de las fuerzas acorazadas thorbod.

Al cabo de las tres horas de furiosa batalla empezaron a llegar las avanzadillas de la Infantería Verde, la cual había quedado muy rezagada respecto a la vanguardia blindada de la Bestia Gris.

Ahora los defensores de la ciudad se enfrentaban con un nuevo y no menos peligroso enemigo. Los hombres planta, identificados sin género de dudas como una especie vegetal de cualidades extraordinarias, eran unas criaturas monstruosas, de formas toscamente humanas, de talla muy desigual, que podía llegar hasta los cuatro metros en los adultos.

Los hombres planta iban enfundados en una especie de "mono" incombustible que les preservaba del fuego, de las deflagraciones nucleares. Se necesitaba toda una granada antitanque atómica para derribarles y aún entonces seguían moviéndose horas enteras dando muestras de una vitalidad extraordinaria.

Con la llegada de estos troncos ambulantes las fuerzas blindadas se retiraron maltrechas y exhaustas.

Su presencia allí era innecesaria e incluso contraproducente, ya que sus disparos podían dañar a su propia Infantería Verde lo mismo que a los defensores de la ciudad.

Entonces comenzó lo que más tarde se conocería como la "Masacre de Washington". La épica resistencia de Búfalo, Rochester y Siracusa no solamente sería emulada, sino superada hasta el delirio por los heroicos defensores de la capital.

Porque mientras a aquellos sólo les guiaba la idea de vender caras sus vidas, éstos luchaban por algo más positivo y esperanzador, es decir, por sobrevivir.

Sabiendo que su salvación dependía del tiempo que pudieran resistir, los doce millones de habitantes de Washington lucharon como demonios todo aquel día, la noche, el día siguiente y los sucesivos.

A su vez, los hombres plantas atacaban sañudamente, incansablemente, sin dar ni pedir cuartel. Sus primitivos cerebros vegetales, excitados a distancia por la Bestia, se contagiaban de la fiebre suicida que dominaba a quienes les impartían órdenes por radio. El mismo espíritu de la Bestia rugía y temblaba en ellos. Propiamente no eran hombres planta quienes asaltaban la ciudad, sino hombres grises metidos en la mentalidad de aquellos monstruos vegetales.

Día tras día, la lucha prosiguió incansable sobre la superficie de la ciudad subterránea. Los blocaos y los nidos de ametralladoras habían sido demolidos mucho ha, pero los defensores de Washington hacían

de cada embudo, de cada montón de ruinas, de cada escalera de entrada a la ciudad, un reducto sostenido a sangre y fuego.

Durante 17 horrendos días, hombres planta y hombres humanos se mataron a centenares de millares a todo lo largo y lo ancho de los 8.000 kilómetros cuadrados de perímetro exterior de la ciudad, el cual comprendía montañas, colinas, ríos, llanuras y valles.

Después de estos 17 días de loca batalla, al amanecer, un brillante globo metálico fue a quedar suspendido sobre la ciudad. Los cansados defensores que aquella mañana todavía pudieron levantar sus ojos enrojecidos por el sueño, deslumbrados por el continuo crepitar de la hoguera atómica, lanzaron un ronco grito de alegría: -¡Los nuestros!… ¡Los nuestros!¡Han llegado los refuerzos!

Si, los refuerzos estaban allí. Ya estaban descolgándose del espacio centenares de millares de soldados autómatas. Eran tropas frescas y pimpantes de la División Venusina, quienes apenas pusieron pie en tierra acometieron fría a implacablemente contra la chusma, vegetal sitiadora.

La División Sideral Venusina, venida en auxilio de la Tierra, acababa de aniquilara la Imperial Armada Thórbod en una breve y decisiva batalla espacial.

Alrededor del mediodía, el último disparo daba cuenta del último hombre planta. A un centenar de kilómetros de la ciudad, las divisiones acorazadas thorbod, maltrechas y exhaustas, permanecían en completa inmovilidad. El Mando Supremo de la Bestia Gris acababa de capitular sin condiciones. Era la primera vez en la historia del mundo que el Abominable Hombre Gris se rendía ante el Hombre Humano.

Cerca del atardecer, Miguel Ángel Aznar y su esposa se encontraban sentados sobre los agrietados bloques de un nido de ametralladoras destruido.

Sobre sus cabezas, una flota de 100.000 torpederos-acorazados siderales permanecía inmóvil a unos cien kilómetros de altura. Los postreros rayos del Sol se reflejaban en sus metálicas superficies y les hacían brillar como estrellas.

Un silencio de muerte flotaba allí donde durante tantos días había restallado día y noche el estruendo ensordecedor de la batalla. El campo, en todo cuanto alcanzaba la vista, estaba cubierto de máquinas destrozadas, pedazos de hombre planta y restos de seres humanos revueltos entre las astillas de sus armaduras de cristal.

De una colina cercana bajaba una fila de hombres grises enfundados en armaduras de diamantina, con los brazos sobre sus escafandras y escoltados a ambos lados por soldados terrícolas también cubiertos de vidrio de pies a cabeza.

La atmósfera estaba saturada de intensa radioactividad, razón por

la cual también conservaban puestas sus armaduras y escafandras el Almirante Mayor y su joven esposa.

A través del cristal azul los ojos de Miguel Ángel Aznar contemplaron aquel espectáculo de desolación y muerte.

- Caro ha pagado su error la nación terrícola -murmuró.

Y Otis preguntó desde la profundidad de su escafandra. -¿Qué harás ahora? ¿Seguirás acumulando armamentos en previsión a un segundo ataque de la Bestia?

Miguel Ángel Aznar quedó unos momentos silencioso. Luego contestó:

- Ese es asunto que el Gobierno Federal debe decidir. Si nuestro pueblo ha sacado alguna lección provechosa de esta tragedia, los planetas federados sostendrán un Ejército y una Armada tan potentes como corresponde a unos mundos del rango de los nuestros. Lo hará, creo yo, aunque hoy mismo adquiramos la certeza absoluta de que la Bestia Gris ha dejado de constituir una amenaza para nuestra civilización.

Miguel Ángel Aznar se interrumpió para observara la fila de prisioneros que venía hacia donde él estaba.

Luego concluyó diciendo:

- De mí sé decirte que la rehabilitación de nuestras Fuerzas Armadas no ha de ser tema que me quite el sueño. Que otros decidan por mí de hoy en adelante. Voy a estar muy ocupado haciéndole el amor a mi mujer y criando a mis hijos.

Las dos grotescas escafandras giraron la una en busca de la otra. Era difícil distinguir las facciones a través del grueso cristal azul, pero si no la sonrisa de Miguel Ángel Aznar ni el rubor de su joven esposa, al menos el brillo de sus ojos sí llegó a través de las escafandras de uno al otro.

El Sol caía sobre el horizonte ensangrentado. En el cielo brillaba como una miríada de estrellas la Flota Sideral Venusina. La tarde avanzaba sobre u mundo en paz.

F I N